
VE RI
TAS



JOVELLANOS

ENSAYO DRAMÁTICO-HISTÓRICO

POR

JOSÉ R. CARRACIDO



MADRID: 1893

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 29



JOVELLANOS

JOVELLANOS

ENSAYO DRAMÁTICO-HISTÓRICO

POR

JOSÉ R. CARRACIDO

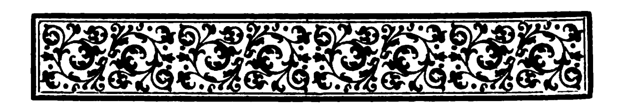
MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
—
1893

Sr. D. Enrique Gosálvez y Fuentes:

Mi querido amigo: El afán de progreso en los asuntos de nuestras diferentes ocupaciones, varias veces nos arrastró á departir acerca de las cualidades del perfecto hombre de Estado, y al trazar la figura de aquel que desinteresadamente se consagró al servicio de su patria, pensé que V. aplaudiría mi propósito de convertir la atención hacia un ejemplo que nunca deben olvidar quienes tomen la política por profesión.

En fe del buen acogimiento con que espero ha de honrar V. mis intenciones, le dedico este trasunto de la conducta noble y generosa seguida invariablemente por Jovellanos en el azaroso período de su vida, repitiéndome suyo verdadero amigo

J. R. Carracido.



EL AUTOR Á LOS ACTORES.

I.

La lectura de las obras del docto polígrafo D. Gaspar Melchor de Jovellanos me incitó á conocer la vida del que fué además insigne estadista, é impresionado por las tristezas y calamidades en que siempre hubo de verse envuelto, y por la inmunidad de su espíritu nunca tocado del contagio de la ponzoñosa atmósfera de su tiempo, intenté retratar tan noble y heroico carác-

ter en algunas cuartillas, escritas por pasatiempo y sin ulteriores propósitos. Pero sugestionado por el asunto, desde este primer boceto fuí despeñándome de ampliación en ampliación hasta caer en el ensayo dramático que saco hoy á la luz de la publicidad, exponiendo como circunstancia atenuante de esta calaverada, el buen acuerdo de no castigar la memoria de los actores de grande ni de pequeña reputación, ni el bolsillo del empresario que hubiera de vestirlos á la refinada usanza de la corte de Carlos IV entre los primores decorativos exigidos por la fidelidad arqueológica, ni mucho menos la atención del público, á la cual, por el respeto que merece, deseo excusar el trabajo de manifestar su fatiga, y también excusarme el disgusto de ser objeto de tales manifestaciones.

No se juzgue por este encogimiento

ante el umbral del teatro que me presento despojado de todo género de exigencias. Precisamente para compensar la falta de los elementos escénicos, es imprescindible que solicite en el retiro de los gabinetes de lectura en que benévolamente se dispongan á seguir á nuestro héroe en sus dolorosas jornadas, que el solitario espectador salga de su pasiva situación, levante el telón de la fantasía y, empleando toda la fuerza plasmadora de sus facultades imaginativas, reproduzca el vasto escenario donde actuó Jovellanos, luchando como caballero andante de la justicia, en aquel tiempo de bajeza y perfidia en que su patria contemplaba con igual indiferencia los generosos arranques de los ánimos varoniles y los escándalos de los cortesanos afeminados por el vicio. Y si el trabajo del actor que ha de representar sucesivamente tales escenas

colocándose en las actitudes de los varios personajes es harto fatigoso, lo es aún en mayor grado el del tramoyista, porque el campo del torneo, como en función de magia, ha de parecer casi desierto de combatientes visibles, pero invadido por misteriosos influjos de malignos encantadores que invaliden toda enérgica tentativa. Esto exige el autor al director de escena para no faltar á la verdad histórica.

Si alguien me obsequió pensando que la modestia inspiraba mis primeras palabras, ya se habrá arrepentido de su equivocación, porque excede en mucho lo que pido á lo que renuncio. No lastimo los intereses de una empresa teatral arrastrándola á un fracaso que soy el primero en reconocer, pero solicito de cada espectador que en el mundo de sus imaginaciones contrate los actores y decore el esce-

nario satisfaciendo las exigencias del drama cuya representación le encomiendo. Si la obra alcanza los lectores que le deseo, ¡qué éxito tan colosal! en vez de un teatro, innumerables teatros representándola simultáneamente, y cada uno con su peculiar cuadro de actores.

II.

Si cegado por la vanidad pretendiese demostrar que no es defecto, sino excelencia, el carecer un drama de los hábiles artificios y violentos arranques que fascinan á las muchedumbres ávidas de emociones, podría yo pedir auxilio nada menos que á Víctor Hugo, recordando aquella alocución de tonos proféticos lanzada al mundo con su *Cromwell*—drama no representable—con el intento de exaltar los espíritus en favor de la libertad en el

arte apoyando la doctrina con el ejemplo. La innovadora obra del gran poeta, encaminada á realizar el ideal del *Teatro en libertad*, es, por el prestigio de su autor, magnífico escudo para detener los golpes de la crítica y acicate para arrojarse impunemente con ardor revolucionario á combatir las mezquinas exigencias de la escena que oprimen y mutilan las concepciones del dramaturgo. En igual sentido podría yo utilizar á Renán, repitiendo del Prefacio de sus dramas filosóficos estas palabras: «Junto á la publicación destinada á los gabinetes de lectura hay el libro cuyo éxito consiste en el aprecio de algunos centenares de personas, pero el teatro no tiene lo equivalente al libro aristocrático. La necesidad de atraer cada noche más de un millar de personas que anhelan solazarse, le coloca en situación análoga á la que tendría el libro si sólo

hubieran de publicarse los que tuviesen por lo menos 10.000 lectores. Por esta razón, una de las formas más expresivas del arte es inaccesible á las altas concepciones del pensamiento.»

Aun contrariando mis intereses, renuncio á la ventaja de las anteriores defensas, y anteponiendo los de la verdad, declaro, que no me satisface la conversión del teatro en cátedra, por maravillosos que sean los poéticos conceptos que en él se derrochen. El teatro, sin la colaboración afectiva del público, es insostenible: al desdeñarla, aunque presuma de alta jerarquía llamándose pomposamente *Teatro de las ideas*, por mucho que abrillante los procesos dialécticos desarrollados por maniquíes pensantes al través de intrigas escolásticas, nunca arrojará á las pasiones de su legítimo trono. El latido unánime y poderoso del corazón de la colectividad,

en el cual vibran al unísono los sentimientos de todos los espectadores, por grande que sea la diferencia de su cultura, es lo único que vivifica la escena y la más firme garantía del acierto del autor. Á pesar de ser Víctor Hugo poeta grandioso, y Renan artista incomparable en la expresión plástica de las más abstractas ideas, ambos pertenecen á un pueblo que no sobresalió, ni sobresale, en mi sentir, por la potencia de su genio dramático, y para explicar los naturales resultados de esta limitación suponen clases en el público; pero enfrente de esta teoría sostengo la castiza y democrática de la universalidad de la obra escénica formulada sentenciosamente por nuestro Calderón cuando dijo:

«No hace nada el que no hace
que queden de lo que piensa
docto y no docto capaces...»

y sostenida por el Sr. Echegaray al suponer en la masa del auditorio la formación de «un cerebro enorme, superior en aquel instante á todo poeta por grande que sea, á todo crítico por mucha ciencia que atesore, capaz de comprender á Calderón y Shakspeare y de juzgarlos con fallo infalible é inapelable».

Después de lo dicho espero que nadie me acuse de parcial en la defensa de mi tentativa dramática, pero también creo que la severidad con que me juzgo me autoriza para alegar excusas nacidas de la índole del asunto, aparte de mi falta de aptitudes para el género escénico.

Siendo Jovellanos la personificación del espíritu de equidad nunca conturbado por las pasiones, no da motivo para las tormentosas escenas en que estalla furiosamente la lucha de los caracteres antagónicos, y el gran público que llena los tea-

tros, sólo aplaude y seguirá aplaudiendo el rudo choque de los ánimos violentos y destemplados en los conflictos dramáticos, ó la sátira maldiciente de la comedia aristofánica, según los estados sociales, pero nunca el diálogo sereno de las almas interesadas en buscar la verdad ó en exaltar la justicia. La eminente actriz italiana Eleonora Duse se enamoró del papel de Julia del drama de Renán, *La Abadesa de Jouarre*, hasta decidirse á trasladarlo de las páginas del libro á las tablas del escenario, y á pesar de la exquisita belleza de la obra y del inmenso talento de su intérprete, arrastra una vida difícil al lado de otras mucho menos transcendentales y primorosas de forma, pero que se imponen á todo linaje de espectadores por agitar poderosamente las fibras de los sentimientos humanos.

Dice un eminente dramaturgo contem-

poráneo que Jesús no es personaje escénico, pero que el diablo lo será eternamente, y esta autoridad coincide con la opinión vulgar que supone todos los enredos y conflictos, desde los cómicos hasta los trágicos, obra del demonio.

Aunque la teoría sea peligrosa, hay que confesar que el mal es muy superior al bien en fuerza estética. Si todas las jerarquías angélicas intentasen arrojar de la escena á *Don Juan Tenorio*, serían vergonzosamente derrotadas, y por igual triunfo artístico de lo satánico, el lector de la *Divina Comedia* recorre con interés los tenebrosos círculos del Infierno y se hastía ante los serenos esplendores del Paraíso. En la escena, y sobre todo en la tragedia, sólo alcanzan vida inmortal las organizaciones monstruosamente viciosas y desequilibradas; la literatura dramática, si ha de herborizar con éxito, debe reco-

nocer especialmente el campo de la patología psicológica, y en las contorsiones morales de los grandes padecimientos del espíritu hallará los asuntos predilectos de la clínica del escenario.

Esta anormalidad de los caracteres eminentemente dramáticos transciende á los autores que de ellos se apoderan para someterlos á las combinaciones escénicas inspirándoles deslumbradoras audacias en la forma, salvaje brusquedad en los contrastes y sorprendentes desigualdades en el desarrollo de la obra que revelan en todo la pujanza de la naturaleza creadora en su primitivo desorden. Así lo afirma Pablo de Saint Victor cuando, al hablar del teatro griego, cuyos orígenes refiere al culto de Baco, dice: «La comedia, perfeccionada por los maestros, es sin duda obra eximia del espíritu humano, pero le falta en su madurez completa algo divino

que inspiraba su infancia salvaje, infancia orgiástica y grandiosa, ahita de licencia, amamantada con vino y mecida en un antro al ruido de los címbalos entre los brazos de las ninfas y de los corybantes, como la del dios cuyos misterios festejaba». En la exuberante espontaneidad de los espíritus pletóricos de vida es donde reside el secreto que da el triunfo á los simbolismos irreflexivamente imaginados por la fe ardiente en los momentos críticos de las evoluciones históricas, y en la meditada y laboriosa producción de los espíritus reflexivos y tocados del escepticismo por influencias eruditas, es donde se encanijan los personajes simbólicos engendrados por el pensamiento conscientemente filosófico. En el alucinamiento, en el éxtasis, en el delirio, todo tiene forma y acción, personificándose hasta lo más extraño al concepto de personalidad, pero

en la serena exposición del discurso intelectual conservan las ideas su naturaleza abstracta, aunque se vistan con las galas de la fantasía. Por esta razón los dramas de Renán sólo se aplauden en los gabinetes de lectura por las inteligencias cultas.

Me he detenido, quizá demasiado, en la enumeración de las circunstancias generadoras de las grandes obras teatrales, para justificar indirectamente las deficiencias del carácter equilibrado de Jovellanos como figura teatral; pero, aunque me duela confesar mi pobreza de aptitudes para los triunfos escénicos, porque toda limitación es molesta, quiero vencer las sugestiones del orgullo consignándola explícitamente, para que esta sinceridad me autorice á declarar que el asunto elegido es cómplice de la frialdad que hace á la obra irrepresentable. El orgullo y la hipocresía repugnan igualmente á la verdad, y

por servir á la que acato como reina del espíritu, distribuyo á cada uno lo que creo que le pertenece; podré equivocarme, pero no miento.

III.

Comprendo que, después de leído el anterior alegato, aún se puede decir: palabras y más palabras, pero no razones. Si la forma dramática no es pertinente al asunto, ¿quién, sino el autor, que por propio impulso se colocó en terreno falso, es el responsable de las consecuencias de su inadecuado propósito? Aunque los defectos de la obra procedan exclusivamente de la errónea elección del asunto, ¿han de eximirse por esto de las censuras de la crítica cuando una ciega obstinación se empeña en escalar lo inaccesible prescindiendo de los mil rumbos practicables que hubiera podido seguir?

Ciertamente, si yo me propusiera ejercer de dictador imponiéndole á la escena lo que en ella no puede sostenerse, las objeciones serían incontestables; pero ante quien no aspira ni ahora ni nunca á que su obra se represente, pierden todo su valor, porque el problema estético se plantea en otros términos, en los cuales está gloriosamente resuelto hace ya muchos siglos. Cuando la forma dramática, sin los arrebatos de la pasión, se convierte en el diálogo al través del cual se filtran ideas y sentimientos que desde opuestas direcciones concurren á la edificación del espíritu, tal forma de exponer y discutir las cuestiones opinables constituye un género literario de ilustre abolengo, y el más adecuado á los momentos en que la duda asalta la conciencia.

Quien razona en forma de discurso, sin los contrastes del diálogo, resulta, au

sin pretenderlo, un tirano de las inteligencias que rebusca todos los procedimientos dialécticos de mayor alcance para la imposición de sus ideas personales. Los monólogos oratorios, en que rebosa la individualidad del teorizante, seducen por lo limpio y despejado de su desarrollo, pero esta nitidez sólo puede lograrse mutilando la realidad. En el estado de anfibología moral é intelectual en que hoy se vive puede afirmarse la existencia de cosas diferentes, pero es muy difícil, casi imposible, justipreciarlas, y careciendo de un criterio fijo que distinga la verdad del error, y en ciertas ocasiones lo bueno de lo malo, la conducta noble y honrada, y más conforme con los procedimientos democráticos de nuestros días, es presentar los autos con la mayor fidelidad posible para que, ilustrando á la opinión, pronuncie ésta su veredicto.

Por exhibir toda la realidad sin artificiosas ocultaciones, el diálogo será siempre preferible como la más sincera de las formas literarias. Al retirarse el autor de la escena debe hacerlo lealmente, concediendo á los personajes gran autonomía para que hablen y obren por propia cuenta, sin violentarles el carácter ni siquiera con la imposición de su estilo.

La obra dramática es la producción más real del pensamiento, y lo demuestra, aunque se crea paradógico, el ser contradictorios su fondo y su forma, en lo cual refleja la vida, que sólo se sostiene por la lucha incesante de acciones contrarias.

Se la califica de impersonal porque el autor no habla en ella, y sin embargo, es personalísima porque, rechazando todo género de abstracciones, exige caracteres individuales bien definidos. Su propósito

explícito nunca debe ser el de adoctrinar, pero implícitamente siempre lleva consigo una enseñanza en el desarrollo de la acción y su desenlace. Ha de subordinarse en sus accidentes externos á las condiciones de lugar y tiempo, y no obstante, aspira á representar algo permanente y eterno de la vida humana imaginando símbolos de los cuales pueda afirmarse aquella generalidad que Calderón presuponía en la obra del poeta cuando exclamó en uno de los poderosos vuelos de su genio:

«En alegóricos tropos
no se da lugar ni tiempo.»

Es, en una palabra, lo abstracto encarnado en lo concreto, el Dios desconocido de San Pablo, invisible á los ojos del cuerpo, pero visible á los del espíritu en las criaturas que en su armonioso con-

[illegible] revelan el principio que las informa y el fin común á que se enderezan los esfuerzos de sus luchas parciales. Por este conjunto de excelencias peculiares del diálogo, lo he elegido para presentar la figura de Jovellanos. Temiendo cometer traición á su carácter al exhibirlo por mi cuenta, é incurrir en la censura de haber contemplado el modelo con exceso de pasión, renuncié a la idea de componer su panegírico dejando al personaje la tarea de reproducir ante el espectador aquellos hechos de su vida, que sólo con su exposición, hablan con más elocuencia que el apologista que mejor domine los grandes artificios retóricos. En mi propósito de encontrar el máximum de sinceridad, nada más real ni de mayor exactitud, que ceder la palabra al propio Jovellanos y poner en acción sus procedimientos.

IV.

Está finalizando el siglo en cuyos comienzos murió Jovellanos, y la lección que con su vida dió á sus contemporáneos aún hoy es tan necesaria como lo fué entonces. Invadido el campo de la política por empíricos exuberantes de osadía, pero menesterosos de ideas y limpios de escrúpulos en materias de procedimiento, creo tarea saludable la de revivir ante los ojos de nuestros directores para que sientan el rubor de la propia insuficiencia, y si á tanto alcanzase, el afán de la imitación, al hombre de Estado que no proyectó reforma alguna sin antes ahondar en las entrañas del organismo nacional escudriñando su estado presente y persiguiendo su génesis hasta en el más remoto pasado, convencido de que sólo así

se legisla, fomentando el progreso sin trastornar con proyectos imaginarios ó exóticos el país, al cual se le exigen imposibles que al fin castiga la ley natural desterrándolos, sin dejar otra huella que dolorosos recuerdos. Y no sólo el pensamiento del legislador procedía con esta unción en el desempeño de su cometido, sino que la voluntad que tenía puestas las manos en los negocios del Estado, si cabe, aún resplandece más pura enderezada á todo lo justo y á todo lo noble, sin transigir jamás con la máxima acatada por los políticos al uso, que el fin justifica los medios.

Si algún espíritu, cándidamente optimista, creyese que ya es innecesario el ejemplo de Jovellanos, le bastará saber, para rectificar su creencia, que aún hoy, como en su tiempo, es menester defenderlo de acusaciones análogas á las que fueron causa de sus desventuras. Si Godoy,

excusándose inútilmente de haber perseguido al hombre que le abochornaba con su saber y su rectitud, avergüenza á la sociedad de su tiempo confesando en sus *Memorias* que «los principios de una estrecha y severa filosofía le produjeron los poderosos enemigos que contaba en el reino», D. Francisco Silvela, á pesar de su altura intelectual y de su independencia de carácter, valiéndose de un hábil eufemismo ha repetido la censura desde la cátedra del Ateneo, diciendo del concienzudo autor del *Informe sobre la ley agraria:* «Yo no puedo mirar sin alguna pena estas grandes figuras de nuestra historia, por encontrar generalmente que predomina en ellas todo lo que se refiere al pensamiento, á la palabra, al arte y á la forma, cuando tan necesitados hemos estado siempre y estamos aún de que esas grandes figuras se revelaran también

en lo que se relaciona con la acción y con la obra.» Jovellanos no era un fantaseador de doctrinas económicas y jurídicas, sus proyectos vertían por todas partes la copiosa erudición adquirida por estudio directo del terreno en que habían de plantearse, y á quien así procedía acusarle de falta de sentido práctico, es reprocharle su inflexibilidad «la estrecha y severa filosofía» á que se refiere Godoy, para no transigir con la corrupción de su tiempo. Además, ¿cómo había de revelarse «en lo que se relaciona con la acción y con la obra» quien sólo estuvo nueve meses en el Ministerio y pasó después ocho años preso é incomunicado, padeciendo la tortura de que la arbitrariedad anticipase el castigo al juicio y la pena á la sentencia? ¿No es algo sarcástico echar de menos la falta de acción en quien vivió tan largo plazo en una cárcel

sin poder siquiera reclamar los derechos que se conceden al más depravado delincuente?

En el espíritu de Jovellanos uniéronse en excepcional consorcio la especulación y la acción, siendo ambas tan poderosas que, si en la cárcel, *dónde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación*, pudo abstraerse de la lobreguez en que vivía sumido y elevar su alma á la serena región de las investigaciones históricas, iluminando con el estudio el mismo recinto que le aprisionaba, al recobrar su libertad escribe á Escoiquiz «que se le restituyan las comisiones en que se ocupó con tan buen suceso de sus objetos», porque «el hombre avezado á trabajar por el público desfallece y se deshace en la inacción». Es verdad que Jovellanos fué economista, historiador, arqueólogo y poeta, pero no

por esto vivió abismado en la vida contemplativa; estuvo siempre en la brecha sirviendo á su patria, acreciendo el arrojo á medida del peligro, sin calcular jamás su provecho personal.

Los hombres exquisitamente flexibles para adaptarse al curso de los tiempos podrán atenuar cuanto quieran los merecimientos del gran patriota, pero la historia siempre citará como carácter heroico al que, víctima de infames persecuciones, recobra la libertad por gracia del invasor de la patria, y sin embargo, sobreponiéndose á los quebrantos de su salud, rechaza las mercedes que con mano liberal se le ofrecen, y se multiplica para organizar los medios de reconquistar la patria invadida, afrentando con su conducta la de aquellos que, á pesar de llamarse españoles y de tenerse por inteligentes y sensatos, se pusieron enfrente de la causa

nacional, para caer al fin hasta acusados de impolíticos, no habiendo acertado á calcular los milagros de la fe entusiasta, porque esta luz no brillaba en sus almas.

Anhelando glorificar á quien jamás vaciló en su patriotismo, ni renegó de la tradición nacional llamando bárbaros á sus antepasados, ni estimó el éxito personal como prueba de su arte político, padeciendo inmaculado en la desgracia, antes que abatirse á los servicios y granjerías de triunfos impuros, acometí el ensayo dramático que entrego á mis actores, suplicándoles me perdonen las fatigas que lès esperan, en gracia á la buena intención.





PERSONAJES.

ENARDA.—43 años, alta, hermosa, facciones correctas y maneras distinguidas. Jovellanos, recordándola en una de sus poesías, dice:

«¡De Enarda, cuántas veces
la gracia y dulce ingenio
loaba, y sus encantos
encaramaba al cielo!
Cantaba de sus ojos
el rutilante fuego,
su frente hermosa y grave
y los cabellos lüengos,
que airosos abajaban
sobre su blanco pecho.»

DUQUESA DE NUMANCIA.—36 años, estatura regular y la cara más graciosa que bella.

UNA CRIADA.

JOVELLANOS.—53 años. El adjunto fotograbado es reproducción del retrato del personaje, pintado por Goya.

GODOY.—32 años, elegante, pulcro y audaz en el mirar.

MARQUES DE CAMPO SAGRADO.—45 años, complexión vigorosa, enérgico y resuelto en sus movimientos y en la expresión del semblante.

D. JOSÉ.—Capellán de Jovellanos, 50 años, no muy alto, moreno y enjuto de carnes.

CONDE DE LUARCA.—44 años, grueso, rubio, ojos claros, de mirada poco expresiva.

DOMINGO.—Criado de Jovellanos.

UN CAPITÁN.

UN SARGENTO.

UN OFICIAL FRANCÉS.

UN CRIADO.

SOLDADOS ESPAÑOLES Y FRANCESES.

LUGARES DE LA ESCENA.

Acto 1.°—GIJÓN.
» 2.°—PALACIO REAL (Madrid).
» 3.°—CASTILLO DE BELLVER (Mallorca).
» 4.°—CÁDIZ.
» 5.°—VEGA (Asturias).

La acción desde 1797 hasta 1811.



ACTO PRIMERO.

Gijón.—Noviembre 12 de 1797.—Poco después de anochecer.

Sala de recibir en casa de Enarda. La escena iluminada por dos candelabros.

ESCENA I.

ENARDA.—MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.—DON JOSÉ.—UNA CRIADA al final.

D. JOSÉ.

¡Qué fiesta tan hermosa la de hoy! El pueblo de Gijón no podrá menos de conmemorar en sus anales gloriosos el día 12 de Noviembre del año 1797.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Se ha celebrado con mucho lucimiento, sin menoscabo de la seriedad, y durante la ceremonia Jovellanos estaba visiblemente conmovido.

ENARDA.

La cosa no era para menos. Ver al fin realizada su ilusión de muchos años, y ver al pueblo entusiasmado y agradecido á los esfuerzos de su bienhechor.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Nuestro hombre sólo vive para el trabajo, y su deseo constante es que el pueblo se ilustre. No se cansa de repetir que los males que hoy nos afligen provienen de la ignorancia de los conocimientos útiles.

D. JOSÉ.

Pero creo que está exageradamente apasionado de las ciencias naturales. Yo, la verdad, las miro con algún recelo, porque es demasiado lo que trastornan las antiguas

ideas, hasta el punto de que las declaro culpables de muchos de los horrores con que ahora Francia está escandalizando al mundo. ¡Quiera Dios que nuestro Real Instituto Asturiano nunca sea criadero de herejes y revolucionarios, y que la fecha de su inauguración no sea nefasta para nuestras venerandas instituciones! (1).

ENARDA.

Yo no entiendo de esas ciencias ni de otras, querido D. José, ¿pero cree usted que puede fundarse algo que cause más daño á nuestras venerandas instituciones que el que se causan á sí propias con los escándalos de la corte?

---

(1) El Instituto Real Asturiano se inauguró el 7 de Enero de 1794, pero me he permitido alterar la fecha para no omitir la realización de una empresa tan característica de la personalidad de Jovellanos, y empezar al mismo tiempo la acción en el instante que he estimado más oportuno para el fin dramático.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Señora, tiene usted mucha razón. El rapidísimo é injustificado encumbramiento de Godoy y las murmuraciones que ha provocado escarneciendo los augustos nombres que sólo debían pronunciarse con respetuoso cariño, son cien veces más perjudiciales que las nuevas ciencias que tanto alarman á nuestro buen D. José.

D. JOSÉ.

Desgraciadamente no puedo contradecirles, pero esto no se opone á que evitemos de dos peligros uno, aunque sea el menor.

ENARDA.

Cuando Jovellanos, que es tan recto, fomenta esos estudios, dudo que sean peligrosos, como usted supone; pero aun siéndolo, nada significan ante las calamidades que están saliendo de la Gran Casa. Para estragar las costumbres todo es inocente comparado con el ejemplo del Príncipe de la Paz y de su camarilla.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Hasta aquí tenemos la prueba en nuestro contertulio el improvisado Conde de Luarca, cuyas hazañas sólo son rastreras bajezas y servicios indecorosos. Es un sarcasmo haber ennoblecido á tal hombre, y hasta él no debe encontrar en sí otra nobleza que la del título, cuando exige siempre el tratamiento.

D. JOSÉ.

Vaya, no tanto, Sr. Marqués; un poco de caridad para con el prójimo.

ENARDA.

Qué caridad quiere usted que tengamos con un hombre sin pundonor, y de quien sospecho que debe ser espía de Godoy. No duden que la pesadez de venir diariamente á esta casa responde á órdenes superiores para que se entere de lo que hablan Campo Sagrado y Jovellanos, porque usted, Marqués, también está inscrito en el libro de los réprobos.

D. JOSÉ.

Enardita, no disimule usted, porque ya sabemos que el flamante Conde no viene atraído por negocios de Estado, sino por otros que desea resolver en dulce intimidad.

ENARDA.

Pues ya debía estar convencido de que tal victoria no ha de figurar en los cuarteles de su escudo; pero yo insisto en creer que las intenciones á que usted se refiere no son más que un pretexto.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Creo que se pasa usted de recelosa. Aun no siendo de los predilectos del Ministro omnipotente, no debemos sospechar que nos espíe, porque si así fuese, ¿cómo se explicaría el nombramiento de Jovellanos para la embajada de Rusia?

ENARDA.

Ese nombramiento es un rasgo de la perfidia de Godoy, que desea rehabilitarse ante

la opinión, fingiendo que protege á los hombres íntegros, y lo que hace es alejarlos para evitar el contraste de su conducta.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

En esta ocasión la veo á usted algo exagerada.

ENARDA.

Y yo le veo á usted tan cándido como su amigo. Siempre que hablo á Jovellanos de la sucia historia de Godoy y de la ruindad de sus procedimientos, sale atenuando mis juicios, suponiendo que no le falta patriotismo, y que su escasa instrucción es la que le compromete, arrastrándole á ciertas torpezas, que la gente siempre poco benévola considera como maldades.

UNA CRIADA.

El Sr. Conde de Luarca. *(Vase.)*

ENARDA.

Cuidado que ya está ahí el espía.

ESCENA II.

Dichos y el CONDE DE LUARCA.

CONDE DE LUARCA.

Señora y señores, muy buenas noches.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Muy felices se las deseamos.

D. JOSÉ.

Bien venido sea el Sr. Conde.

CONDE DE LUARCA. *(Á Enarda.)*

¿Su salud es tan excelente como su semblante denota?

ENARDA.

Buenísima, muchas gracias, y falta hace, porque en estos tiempos sólo aguantando mucho se puede vivir.

CONDE DE LUARCA.

(Al marqués de Campo Sagrado.)

Y nuestro querido Marqués, ¿es tan pesimista como nuestra encantadora amiga?

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Debía serlo, porque rara vez puede uno alegrarse á sus anchas.

CONDE DE LUARCA.

¡Y yo que creía encontrarles rebosando de satisfacción!

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

En efecto, creía usted bien; hablamos así, no por motivos de hoy, sino por desengaños de la vida en general.

CONDE DE LUARCA.

Dejando esas predicaciones para que don José, desde el púlpito, nos conmueva con ellas, diga usted, mi Sra. Doña Enarda, ¿no tendremos el *gusto* de ver aquí esta noche al Sr. Jovellanos?

ENARDA.

Nada nos ha anunciado en contrario.

CONDE DE LUARCA.

Pues hoy me parece que se retrasa, y por esto recelaba que el entusiasmo con que el pueblo le ha aplaudido, tanto le hubiese impresionado, que nos privase de su buena compañía.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Á Jovellanos, aunque le conmueven las muestras de afecto, no por ellas abandona á sus íntimos amigos.

CONDE DE LUARCA.

¡Qué hombre! Si supiese plegarse á las exigencias de la vida, no tendría igual. Hay que convencerse de lo absurdo que es prescindir de quien tiene el poder.

ENARDA.

Tanto como saber, supongo que sabrá; pero quizá no quiera, porque no todos los hombres se avienen con todos los procedimientos.

CONDE DE LUARCA.

Pues yo sé positivamente que el Príncipe de la Paz le tiene en altísima estimación, y que mucho desea tratarle.

UNA CRIADA.

El Sr. Jovellanos. *(Vase.)*

ESCENA III.

Dichos y JOVELLANOS.

JOVELLANOS.

Saludo á mis queridos contertulios, y en primer término á la que nos concede tan deliciosa hospitalidad.

ENARDA.

Sea enhorabuena por el triunfo de hoy, aunque no ha sido favor, sino justicia, porque este pueblo mucho le debe.

CONDE DE LUARCA.

Enarda dice perfectamente.

JOVELLANOS.

Aun reconociendo la deuda que el cariño de usted imagina, acepto su enhorabuena, porque la estimación pública es paga suficiente de todos los sacrificios. Y el de Luarca, ¿cómo está?

CONDE DE LUARCA.

Deseando ver al eminente y generoso patricio para darle un abrazo muy apretado. *(Se abrazan.)*

ENARDA. *(Aparte.)*

Lo que tú deseas es ahogarlo.

JOVELLANOS.

Gracias, querido Conde. Mis buenos amigos el Marqués y D. José no habrán tenido novedad en los pocos momentos que hace que nos hemos separado.

D. JOSÉ.

Sólo la agradable de haber visto á Enarda y de vernos nuevamente reunidos en esta casa.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Pues señores, hoy se ha patentizado lo dócil y agradecido que es el pueblo cuando se le dirige rectamente sin explotarlo ni corromper sus sentimientos. ¡Lástima que los que pasan la vida lamentándose de la procacidad de las muchedumbres no vieran hoy á una emocionada y sumisa ante la palabra del hombre que desinteresadamente la solicitaba para redimirla de su ignorancia!

JOVELLANOS.

Querido amigo, no debemos ser tan severos en nuestros juicios. Es verdad que los hombres de Estado suelen con demasiada frecuencia transigir con la indignidad y hasta solicitarla en ocasiones, pero en la vida pública se suele creer de buena fe que tolerando ciertos males se evitan otros mayores. Entre los gobernantes es quizá donde abunda más el tipo del *delincuente honrado.*

CONDE DE LUARCA.

En todo conforme con nuestro juicioso y

sabio amigo. Sin ir muy lejos á buscar las pruebas, ahí está el Príncipe de la Paz, á quien la opinión acusa despiadadamente siendo un gran patriota, y si á veces emplea ciertos recursos es porque comprende que en el estado de nuestro país son los únicos eficaces. Para estimular á un caballero y á un villano, los móviles deben ser diferentes.

ENARDA.

(Aparte al Marqués de Campo Sagrado.)

¡Y que no quieran convencerse de que es espía de Godoy!

JOVELLANOS.

Esa teoría es muy delicada; hay que distinguir...

UNA CRIADA.

El mayordomo del Sr. Jovellanos que desea ver al señor.

ENARDA. *(Con impaciencia.)*

¡Adelante! ¡Que entre! *(Vase la criada.)*

ESCENA IV.

Dichos y DOMINGO.

JOVELLANOS, *adelantándose á recibirle.*

¿Qué pasa, Domingo?

DOMINGO.

El posta que ha llegado en este momento, ha ido á casa á entregar este pliego urgente para usted.

JOVELLANOS *lee, y todos callan en espectación.*

Ni ustedes ni yo podríamos imaginar el contenido de este pliego.

ENARDA.

¿Cuál es?

JOVELLANOS.

Admírense ustedes. Mi nombramiento de Ministro de Gracia y Justicia.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Pero, ¿es posible?

JOVELLANOS.

Lee si lo dudas.

CONDE DE LUARCA.

Se convencerán ustedes ahora de lo que antes les decía respecto á los sentimientos del Príncipe de la Paz.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Gracias á Dios que la Justicia vuelve á la gracia del Trono.

D. JOSÉ.

Hoy es día completo, D. Gaspar, las enhorabuenas se acumulan.

CONDE DE LUARCA.

Abrazo al sabio regenerador de nuestra abatida España.

ENARDA. *(En tono de recelo.)*

Yo también felicito al Sr. Ministro.

JOVELLANOS. *(A su mayordomo.)*

Puedes retirarte, Domingo.

ESCENA V.

Los anteriores, menos DOMINGO.

D. JOSÉ.

Sería cosa de salir á hablar con el posta para saber noticias de la corte.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Me parece muy bien. Vamos allá. Luarca también nos acompaña.

CONDE DE LUARCA.

Oh, no; yo quedaré acompañando á Enarda; ya nos lo contarán ustedes todo, y no he de dudar de la fidelidad de su relato.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Ni nosotros lo tememos; pero como no está bien que el Sr. Ministro salga á hablar con el posta, Jovellanos quedará con Enarda, y no se quejará nuestra amiga de que sea poco lucido el acompañante. *(Coge del brazo al Conde de Luarca y le dice con sorna.)* Pero usted ahora es nuestro. *(A Enarda y á Jovellanos.)* Hasta luego.

D. JOSÉ.

La Iglesia se lleva la aristocracia.

CONDE DE LUARCA. *(Como resignado.)*

Pues hasta luego.

ENARDA.

Les esperamos con ansia.

ESCENA VI.

ENARDA y JOVELLAONS.

JOVELLANOS.

¿Qué opinas de tan inesperado nombramiento? Yo no sé si alegrarme ó entristecerme.

ENARDA.

Pues yo no dudo, porque el corazón me dice que es un nuevo obstáculo que se opone á nuestra felicidad.

JOVELLANOS.

Pero, ¿cómo se ha de explicar que me

lleven al Ministerio para tenderme una celada? No comprendo la táctica de poner en mis manos arma tan poderosa si intentan anularme.

ENARDA.

Si sólo fuese tu amiga, y no tu amada, te daría un consejo.

JOVELLANOS.

Pues por lo mismo debes creerte con más libertad y mayores derechos para dármelo, y yo me considero más obligado á seguirlo.

ENARDA.

No, no te lo doy, no me atrevo.

JOVELLANOS.

Si eres dueña de mi alma y de mis acciones, ¿por qué esos escrúpulos? ¿En qué te detienes?

ENARDA.

No me taches de egoista; sólo deseo que vivas tranquilo. Ya sabes que á las mujeres lo que más les arrebata es la vanidad, y sin

embargo, te aconsejo que renuncies al Ministerio, porque presiento que te ha de dar grandísimos disgustos.

JOVELLANOS.

Imposible. El puesto que S. M. me confía, antes que una distinción honrosa es una demanda de auxilio á quien cree que puede contribuir al mejor gobierno del Estado, y sería un cobarde negando, ó tan sólo escatimando mi esfuerzo, aunque supiese que labraba mi ruina. En la hora del naufragio todos trabajan heroicamente, sin pensar que puedan ser heridos por la arboladura de la nave que zozobra, y la nave de nuestra España bien há menester en los actuales momentos que todos acudamos á tripularla.

ENARDA.

¡Cómo ha de ser! Ya sospechaba yo que nada había de conseguir; pero me apena verte apasionado por la patria con tan sublime abnegación, é inflexible con los sentimientos que, según dices, han fundido nuestros corazones en un solo deseo.

JOVELLANOS.

¡Pero es posible, Enarda mía, que dudes de la firmeza y de la seriedad de mi amor! ¡Cómo me extraña ver en esta ocasión abatida tu grandeza de alma! ¡Tú sentir celos de la santa causa de la patria! ¿No sabes que en la hora del peligro nadie le niega su auxilio, porque su salvación no admite espera ni excusa? No temas que en su defensa se quebrante el amor. El soldado que sobrevive á la batalla busca ante todo en las dulces confidencias de la intimidad el premio de sus esfuerzos, y el que sucumbe, prescindiendo ya de la patria, envía á la que ama el último suspiro.

ENARDA.

Comprendo que para ser digna de ti debía elevarme á la altura de tus sentimientos patrióticos y emular á las heroinas de que á veces me hablas; pero soy tan vulgar, confieso mi falta, que en tu encumbramiento sólo veo contrariedades, y sólo sé suplicar que las evites.

JOVELLANOS.

Hija mía, no veo en ti falta de que puedas acusarte, antes al contrario, tus deseos son el colmo de los míos. Querer que yo viva sólo para ti, revela un afán de que yo te ame de igual modo. Las vehemencias de la pasión tanto pueden medirse por sus concesiones como por sus exigencias.

ENARDA.

Pues si crees que mi alma es toda tuya, ¿por qué no correspondes á mi afecto en igual medida y no piensas que quizá sea sugestión de la vanidad ese afán de curar los males de la patria?

JOVELLANOS.

Aunque sea cegados por la presunción, debemos acudir cuando nos llaman, y en la pelea más vale ser temerario que huir cobardemente.

ENARDA.

Es muy grande mi desgracia. Toda la

vida anhelando un imposible. Tú tienes mucho talento y razonas muy bien, pero por mí no sientes amor, el amor que yo deseaba.

JOVELLANOS.

Y eres tú quien me lanza ese reproche, cuando sabes que desde tu adolescencia mi alma guardó fielmente el recuerdo de aquel candoroso idilio en que nos juramos amor eterno. Si supieras después en la ausencia cuántas veces me confortó la evocación de tu imagen en medio de mi trabajosa vida, y también con qué horas de nostalgia me atormentaste al saber tu matrimonio, y cómo te acusé de perjura.

ENARDA.

Quizá todo eso, más que verdaderos sentimientos, fueron arrebatos de tu imaginación de poeta, y hasta estos con los años ya se habrán mitigado.

JOVELLANOS.

Pues sí, este poeta, que vió algo quebrantada su reputación de magistrado severo por

la frivolidad de dedicarte versos, era tan sincero en sus cantos, que aún hoy puede repetir que continúa siendo aquel

á quien ni los halagos
de otras mil hermosas,
ni estorbos mil, ni el vario
curso de la fortuna,
ni el tiempo, ni el amargo
dolor de larga ausencia,
ni el incesante llanto
que derramé al mirarte
alegre en otros brazos
mudar nunca pudieron:
y en quien estorbos tantos
del fuego primitivo
la llama no apagaron.

ENARDA.

Esos versos podrán ser todo lo sinceros que quieras, pero yo te esperé día tras día y año tras año, y sólo desengaños recibí, porque ni siquiera noticias tuyas me enviaste. Me creerás una loca de comedia, pero he de confesarte que hasta en el día de mi boda me recreaba la ilusión de que te pre-

sentases á impedirla, y díme ahora si pensar de este modo es ser perjura.

JOVELLANOS.

Dejando esas reconvenciones, ya impropias de la formalidad de nuestros años, sabes que fué sino de mi vida ser pasto de incesantes sacrificios: únicamente con mi conciencia he podido vivir dichoso y tranquilo; fuera de ella sólo encontré mares turbulentos, teniendo que navegar entre fieras y enemigas ondas, y al fin arribando tarde.

ENARDA.

Y á qué viene ahora lamentar tus desgracias, si á tiempo no las evitás. No te estoy pidiendo (Dios sabe que es por tu bien) que no vayas al Ministerio, ¿y qué consigo con mis advertencias? verte cada vez más obstinado en buscar el peligro. Si supiese un viajero que venía hacia él una cuadrilla de malhechores y se empeñase en no variar el camino, ¿tendría derecho para quejarse de haber sido robado?

JOVELLANOS.

Cómo me aflige, querida Enarda, que en esta ocasión, tu alma, siempre delicada, no perciba la diferencia entre lo que puede evitarse y lo que no puede dejar de hacerse. Pues en los siete años que la intriga de la corte me lanzó á este honesto destierro, ¿qué fué mi vida íntima, sino una continua mortificación de mis deseos? Al visitar tu casa me abochornaba de corresponder á la caballerosidad de tu marido con pensamientos innobles, y violentándome entonces hasta creer que me arrancaba el alma, procuré aturdirme en el estudio de grandes empresas de utilidad pública. Con la fiebre de las nuevas preocupaciones distraje los sentimientos que en tu casa me asaltaban, los cuales, aunque eran purísimos en su origen, hubieran sido infames en su manifestación. Ves ahora cómo no todas las contrariedades que padezco es que yo las busque.

ENARDA.

Con toda el alma te agradezco como fineza

de amor el triunfo que supiste alcanzar en esa lucha.

JOVELLANOS.

Pues si aplaudes mi pasada conducta, ¿por qué pides ahora que proceda de otro modo, cuando el sentimiento del deber es uno, y lo mismo se debe manifestar en el amor que en el servicio de la patria, no transigiendo jamás con livianas complacencias? ¡Cuán pocos se convencen de que los verdaderos amigos no son los que agradan incondicionalmente, sino los leales á sus deberes, aunque en ocasiones contraríen los gustos!

ENARDA.

Lejos de mí pedirte cosas contrarias á la honra; me siento muy orgullosa de tu rectitud de alma, pero en esta ocasión me pareces excesivamente inflexible y severo, y desengáñate, poco enamorado.

JOVELLANOS.

Pero es posible que tú sólo consideres como perfecto enamorado al que atropelle ciegamente lo que se oponga á su gusto.

Para que me conozcas bien, he de decirte que soy tan severo conmigo mismo, que aún me remuerde la conciencia de no haberme sobrepuesto á cierta alegría que traidoramente regocijó mi alma al saber el fallecimiento de tu marido. La pena que me causó la muerte del amigo obsequioso estaba muy atenuada por la desaparición del marido de Enarda, de la Enarda que, si no me pertenecía por leyes humanas, la consideraba mía por derecho divino, porque una fuerza superior á los recursos de la voluntad me arrastraba hacia ti como los cuerpos que se juntan por naturales atracciones.

ENARDA.

Y después de tanto batallar y sufrir, ahora que ya era posible la realización del ideal tanto tiempo anhelado, ver nuevamente que se aleja, y Dios sabe ya lo que será de nosotros: no sé por qué me figuro que te van á pasar muchas desgracias.

JOVELLANOS.

Sea cualquiera el porvenir, no dudes.

Enarda mía, de la persistencia de mi amor. Como en la vida pública no soy infiel á la patria, tampoco la verdad de mis más íntimos afectos se verá jamás mancillada por veleidades indignas de un hombre que vitupera en sí mismo, antes que en los demás toda acción indecorosa.

ENARDA.

Pero yo no sé que en los mandamientos de la ley de Dios se pida aceptar el nombramiento de ministro.

JOVELLANOS.

Pero se pide tomar como propia la causa del prójimo.

ENARDA.

Desecha esas preocupaciones de fanático.

JOVELLANOS.

Creo que son deberes de todo hombre de conciencia.

ENARDA.

Reflexiona en lo que puede costarte tu locura.

JOVELLANOS.

Lo he reflexionado ya: sólo sé andar por el camino real; los criminales son los que lo dejan para esconderse en la maleza.

ENARDA.

No repitas que me quieres, porque tus hechos desmienten tus palabras.

JOVELLANOS.

Mi constancia te ha probado cuánto te amo.

ENARDA.

Por tu vida, que es la mía, prométeme que renuncias.

JOVELLANOS.

Pues arráncame antes del alma todo sentimiento de honor y de dignidad.

ENARDA.

¡Ay Dios mío! Tú serás muy justo, pero lo que me pareces ahora es bárbaramente cruel.

ESCENA VII.

Dichos, MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO, CONDE DE LUARCA y D. JOSÉ.

D. JOSÉ.

Es indudable que el mejor médico es el tiempo; las noticias son estupendas.

CONDE DE LUARCA.

Tienen sus más y sus menos.

D. JOSÉ.

Sobre todo sus menos, porque Godoy va de capa caída y pronto perderá su privanza para volver á la oscuridad de donde nunca debió salir.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Ya era hora de que el Rey saliese de su funesta indolencia y escuchase la queja unánime que de toda la nación se levanta contra el favorito.

CONDE DE LUARCA.

Creo, señores, que las cosas no son tan terminantes como ustedes las refieren.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Calle usted, si hasta el posta nos ha dicho que María Luisa ha cambiado en sus aficiones y que está menos expansiva con su Príncipe, antes tan predilecto; y no es necesario decir que sin el apoyo de la Reina, S. A. el Príncipe de la Paz apenas se llama Godoy.

JOVELLANOS.

Vamos, no ahondar tanto, que parte de esas noticias deben ser habladurías de las malas lenguas, siempre implacables, y quién sabe si mañana nos tocará ser sus víctimas.

CONDE DE LUARCA.

Nuestro discreto amigo dice perfectamente, y hagamos punto en tan enojosa conversación.

ENARDA.

Creo que harán ustedes bien, porque nada

tendrá de edificante todo lo que averigüemos.

CONDE DE LUARCA. *(Aparte.)*

¡Huy!, magnífico; aquí ha habido tragedia.

JOVELLANOS.

Si Enarda nos da su permiso, creo que ya es hora de que nos retiremos.

CONDE DE LUARCA.

Pero así tan friamente sin celebrar el triunfo de nuestro sabio contertulio.

JOVELLANOS.

Mejor será que guarde usted todo su entusiasmo para ayudarme en las nuevas campañas que me esperan.

CONDE DE LUARCA.

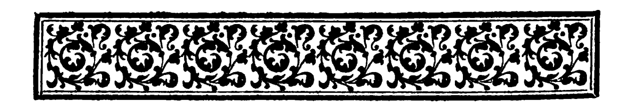
Con mucho gusto lo haré, pero hoy su-

pongo que agradará á Enarda que grite con toda mi alma: ¡Viva el Sr. Ministro!

ENARDA.

Qué pronto desea usted que empiece el escándalo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Agosto de 1798.—Es de día.

Antecámara de las habitaciones del Palacio Real. Una puerta en el fondo, otra á la derecha y otra á la izquierda, suponiendo la primera para la entrada del público, y las dos laterales de paso á las habitaciones del Rey y de la Reina respectivamente.

ESCENA I.

CONDE DE LUARCA.

CONDE DE LUARCA. *(Leyendo la «Gaceta».)*

«El Rey se ha servido exonerar al señor D. Gaspar de Jovellanos de la Secretaría de Estado y del despacho de Gracia y Justicia de España é Indias, concediéndole plaza

efectiva en su Consejo de Estado, y le ordena que regrese á Asturias á continuar en el desempeño de sus anteriores comisiones. Dado en Palacio á 15 de Agosto de 1798.»

ESCENA II.

CONDE DE LUARCA Y DUQUESA DE NUMANCIA.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Conde, muy buenos días.

CONDE DE LUARCA.

Felicísimos Duquesa. ¿Sabe usted el acontecimiento magno de hoy?

DUQUESA DE NUMANCIA.

Sí, ya lo sabía ayer, y por eso he venido esta mañana más temprano que de costumbre. Espero que haya en esta casa mucho movimiento y gran animación, y no quiero perder ripio de cuanto pueda ver y oir.

CONDE DE LUARCA.

Duquesa, la verdad, yo me alegro de la caída de Jovellanos, porque hombre más



inútil para los amigos no puede venir, por muy desatento que sea su sucesor.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Ya lo creo, si es de lo más arisco con que he tropezado en mi vida, y además, tan presuntuoso, que sin ser más que un pobre hidalgote, en nada considera á las altas jerarquías sociales, cuando debía agradecer que una de nosotras se acercase á él á pedirle algo, que después de todo nada da de lo suyo.

CONDE DE LUARCA.

Calle usted, si para él no hay más que el bien público; es decir, la gente, ó mejor aún, la gentuza, pero las personas no son nadie para el Ministro de la integridad, de la rectitud, de la sabiduría, etc., etc.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Oiga usted: lo último que he tenido la simpleza de pedirle se reducía á que colocase en el Ministerio á un hijo de mi administrador: el pobrecillo no es muy listo, pero

es sumamente dócil y le serviría en todo lo que le mandase como ninguno; Jovellanos tendría en él, no un empleado, sino un criado. ¿Pues sabe usted cómo desairó á toda una Duquesa de Numancia? Diciendo con mucha prosopopeya que él no daba empleos á los hombres, sino hombres á los empleos.

CONDE DE LUARCA.

Pues el Rey debe estar interesadísimo en la terminación de este asunto, porque en todo el día de hoy no sale de caza.

DUQUESA DE NUMANCIA.

En efecto, ante esa prueba tan excepcional puede decirse que es el único negocio de Estado que S. M. ha considerado verdaderamente serio. *(A media voz y sonriendo maliciosamente.)* Es atroz la pasión de nuestro buen señor, sólo vive á gusto entre los ciervos.

CONDE DE LUARCA.

Vamos, Duquesa, siquiera no olvide us-

ted que estamos en la casa de nuestros Soberanos.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Lo dice usted por respeto, ó por miedo.

ESCENA III.

Dichos y GODOY.

CONDE DE LUARCA.

¡Oh! Cuanta dicha al saludar á su Alteza el Príncipe de la Paz.

GODOY.

Y yo muy correspondido al ver á la hermosa Duquesa de Numancia.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Muchas gracias, querido Príncipe; usted siempre tan galante.

GODOY.

Confesando lo que está á la vista. *(Al Conde de Luarca.)* Hace usted el favor de anunciar á S. M. el Rey que deseo verle.

CONDE DE LUARCA.

Ahora mismo; siempre esperando en qué complacerle. (*Vase.*)

GODOY.

Cuánto me alegro verla aquí, para que me haga el obsequio de prevenir á S. M. la Reina que pronto pasaré á ofrecerle mis respetos.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Con mucho gusto, porque así me proporciona usted la ocasión de que S. M. se regocije con mi visita.

GODOY.

Sabe usted que me considero muy obligado á su inagotable complacencia.

DUQUESA DE NUMANCIA.

No pensemos en el balance de nuestras mutuas atenciones, porque yo no quiero aún cerrar mi cuenta.

GODOY.

De lo cual me alegro, porque deseo de-

mostrar cómo sé sobreponerme á la alarma de quiebra con que mis enemigos pretendían anularme.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Hoy ya se ha dado un gran paso.

GODOY.

Sí, pero hay que asegurarlo bien, para lo cual entro ahora á ver á nuestro buen Señor. Importa mucho la rapidez en las maniobras, porque la debilidad, como plaza indefensa, se somete al primero que la ocupa.

CONDE DE LUARCA.

Está esperando S. M. al Príncipe de la Paz.

GODOY.

Hasta dentro de un instante, Duquesa.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Quedo á sus órdenes. *(Vanse Godoy y el Conde de Luarca.)*

ESCENA IV.

DUQUESA DE NUMANCIA.

DUQUESA DE NUMANCIA.

¡Qué hombre tan encantador y tan apasionado de sus amigos! Sólo con su afabilidad conquista cuantas voluntades quiera. Quien una sola vez lo haya saludado, se explica que la Reina tenga con él tan largos coloquios. Sus enemigos le censuran por ser orgulloso con los hombres y muy amable con las señoras; no sé cómo entenderán la finura esos caballeros. Godoy nació para vivir entre damas en los salones, y Jovellanos para estar en el monte entre los cardos.

ESCENA V.

DUQUESA DE NUMANCIA.—MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Duquesa, mucho gusto en saludarla.

DUQUESA DE NUMANCIA.

¡Ah, Marqués, qué milagro por esta casa! ¿Nos trae usted noticias alarmantes?

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Siento inspirarle esos recelos, pero no comprendo por qué.

DUQUESA DE NUMANCIA.

¡Ah, por nada! Sólo que al ver á un General tan ilustre me ha asaltado la sospecha de si habría temores de guerra.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Esos los hay siempre, porque no cesamos de hacer méritos.

ESCENA VI.

Dichos —CONDE DE LUARCA.

CONDE DE LUARCA.

¡Querido Marqués! Dichosos los ojos que vuelven á darse el gusto de mirarse en el espejo de la hidalguía.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Muchas gracias, Conde. Deseo ver á Su Majestad el Rey.

CONDE DE LUARCA.

Tendrá que esperar usted un momentito: está dentro el Príncipe de la Paz, y supongo que no tardará mucho en salir.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Bueno, esperaré entonces un rato. *(Pausa recelosa.)*

CONDE DE LUARCA.

¡Pero ha visto usted, Marqués! ¿Quién nos había de decir que el paso de nuestro contertulio de Gijón por esta Casa sería tan fugaz?

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Sí, ciertamente; pero ustedes saben mejor que yo las sorpresas que encierran los negocios de Estado.

CONDE DE LUARCA.

¡Y qué pena tan grande tendrá Enarda cuando sepa la noticia!

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Como todos los que sinceramente queremos á Jovellanos.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Parece que siente usted mucho la contrariedad del Sr. Ministro exonerado.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Que quiere usted, Duquesa, cada uno tiene sus entusiasmos, y por ellos ha de guiarse.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Atendería mucho á sus indicaciones en el Ministerio.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Si algo me atreví á indicarle, nunca olvidé la severidad de sus principios, bien demostrada antes en los hechos que en los dichos.

DUQUESA DE NUMANCIA.

¡Qué gusto llegar á entenderse así dos tan buenos amigos!

CONDE DE LUARCA.

¡Oh, ya es antigua ese inteligencia! Allá en Gijón, en la tertulia de una preciosa viuda, á que todos concurríamos, lo que el uno decía el otro lo apoyaba, ayudándose en sus proyectos.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Vaya, vaya: de modo que la rígida austeridad del Sr. Jovellanos en su país se humaniza un poco. Esa viudita será la Enarda de quien ustedes hablaban antes.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Jovellanos no está reñido con la humanidad, y no tiene por qué huir de las señoras que le distinguen con su afecto, y en la honesta tertulia de la que nos honraba recibiéndonos en su casa, nada se proyectaba que no pudiese secundar la persona más escrupulosa.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Por Dios, cómo yo había de suponer otra cosa: Marqués, usted antepone la defensa á la acusación. Voy á dejar á ustedes para recibir la orden de S. M. la Reina. Hasta luego, Marqués.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Hasta luego, Duquesa.

ESCENA VII.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO y CONDE DE LUARCA.

CONDE DE LUARCA.

Yo, francamente, siento mucho el fracaso de nuestro amigo; pero la rigidez de su conducta ha de ocasionarle siempre grandes sinsabores.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Eso que usted dice es la muestra del código moral que aplican los influyentes que hoy edifican al pueblo con su ejemplo.

CONDE DE LUARCA.

Pero también es cierto, Marqués, que no resulta de muy buen tono estar constantemente encastillado en ese puritanismo austero como aquellos guerreros toscos que maldecían del aseo por no perder el aire marcial.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Por eso los soldados que hoy prosperan son los que se acicalan en el tocador para ornamento de los salones.

ESCENA VIII.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.—CONDE DE LUARCA.—GODOY.

GODOY.

Marqués, qué novedad, ¿qué le trae á usted á esta Casa?

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

El deseo de ver á S. M. el Rey.

GODOY.

Eso ya lo suponía al verle aquí: mi extrañeza es por la magnitud del suceso que le ha decidido á salir de su retraimiento.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Su perspicacia de usted bien puede suponer el suceso, y de su magnitud no quiero hablar, cuando se revela en el profundo disgusto de la opinión pública.

GODOY.

Pues yo también participo de ese disgusto, aunque no sea más que por el arrepentimiento de haber seguido el consejo de Cabarrús; porque ha de saber usted que sin mi conformidad Jovellanos aún seguiría allá en su rincón de Asturias.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¿Y es posible que esté usted arrepentido de haber ayudado á Cabarrús para que Su Majestad llamase á su Consejo al hombre que toda España saludó como una esperanza

de nuestra regeneración? *(Vase el Conde de Luarca por la puerta de paso á las habitaciones del Rey.)*

GODOY.

Eso fué entonces, pero hoy de lo que se lamenta es de ver su esperanza desvanecida.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Esas serán voces que hacen correr los que se obstinan en desterrar de nuestra patria la justicia. *(Entra la Duquesa de Numancia.)*

DUQUESA DE NUMANCIA.

¡Jesús! Otra vez la justicia y demás virtudes. El Marqués no pierde sus antiguas mañas de predicador moralista.

GODOY..

Y de caballero andante de los desvalidos.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Dejando á los validos por los desvalidos, al menos no me tacharán de ambicioso.

GODOY.

Guárdese usted de los hipócritas que se

fingen desprendidos de todo lo mundano para ahorrar el agradecimiento de los favores que reciben. *(Entra el Conde de Luarca.)*

CONDE DE LUARCA.

S. M. espera al Marqués.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO. *(A Godoy.)*

Muchas gracias por su buen consejo, y hasta luego. *(Vanse Campo Sagrado y Luarca.)*

ESCENA IX.

DUQUESA DE NUMANCIA y GODOY.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Pero ha visto usted cómo empeora Campo Sagrado en vez de enmendarse.

GODOY.

Sólo se presenta en esta casa cuando tiene que ejercer de ángel exterminador; pero á pesar de sus amenazas, nosotros siempre impenitentes.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Y no hay que ceder ni en un ápice, hasta

que, aburrido ó desesperado, nos abandone.

GODOY.

Mire usted que la farsa inventada por los dos amigos de aquellas representaciones al Rey manifestándole el verdadero origen de las calamidades públicas.

DUQUESA DE NUMANCIA.

¡Qué más calamidad pública que la enfadosa virtud con que no nos dejan vivir estos predicadores de la regeneración social!

GODOY.

Dejando las pesadeces de esos embaucadores, ¿cómo está S. M. la Reina?

DUQUESA DE NUMANCIA.

Oh, muy buena; acabo de verla radiante de belleza y satisfacción. ¡Dios quiera que muchos años la veamos como hoy!

GODOY.

Y le ha anunciado usted mi deseo.

DUQUESA DE NUMANCIA.

Y me ha manifestado que desde luego puede usted pasar, aunque está muy de prisa para asistir á la misa de difuntos en sufragio de los infelices Reyes que los sayones de Francia sacrificaron en el cadalso. *(Entra el Conde de Luarca.)*

GODOY.

Pues pasemos sin pérdida de tiempo. Hasta muy pronto, Conde.

CONDE DE LUARCA.

Siempre á sus órdenes.

ESCENA X.

CONDE DE LUARCA.

CONDE DE LUARCA.

Bien enterada estaba la Duquesa de lo que prometía el día de hoy, porque después de ver aquí á Campo Sagrado ya creo que desfilará todo Madrid por esta casa.

ESCENA XI.

CONDE DE LUARCA y JOVELLANOS.

CONDE DE LUARCA.

Querido amigo, ¡cuánto siento la noticia del día!

JOVELLANOS.

Sus amigos de usted son los que me obsequian mandándome á descansar.

CONDE DE LUARCA.

Pues bien miradas las cosas, redundan en provecho suyo, porque no hay salud que resista la vida de trabajo y de lucha que usted llevaba en el dichoso Ministerio.

JOVELLANOS.

Más que las ocupaciones me quebrantaban las preocupaciones. No todos los caracteres se avienen con la intriga, y el mío se muestra muy rebelde cuando le exigen cie

tas habilidades. Anuncie usted á S. M. el Rey que deseo verle.

CONDE DE LUARCA.

Está con el Marqués de Campo Sagrado, y supongo que no le disgustará esperar á su leal amigo.

JOVELLANOS.

¿Con Campo Sagrado?

CONDE DE LUARCA.

Sí, con el Marqués, con su amigo.

JOVELLANOS.

¡Es extraño!

ESCENA XII.

Dichos y CAMPO SAGRADO.

JOVELLANOS.

(Adelantándose hacia Campo Sagrado.)

Pero, ¡tú por aquí! ¿Qué es lo que te ha traído?

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.
(Con recelo de Luarca.)

Ya te lo contaré, que es para hablado muy despacio.

CONDE DE LUARCA.
(Con sorna á Campo Sagrado.)

Voy á secundar sus deseos. *(Vase.)*

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

He venido á ver al Rey para que oyese una voz imparcial y se enterase del riesgo que corre al oponerse á lo que reclama la nación, pero todo ha sido en vano; está tan obcecado y tan lleno de miedo por lo que actualmente pasa en Francia, que no quiere oir ni saber cosa alguna que transcienda á novedad ó á reforma.

JOVELLANOS.

¡Qué país tan desgraciado!

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¿Sabes quién te sustituye en el Ministerio?

JOVELLANOS.

Lo sé: buscaron á Caballero, porque es el representante genuino de todos nuestros vicios, de nuestras torpezas y de nuestras supersticiones.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¡Qué porvenir nos espera!

JOVELLANOS.

Desde las gradas del Trono hasta las últimas covachuelas se extenderá un mar de cieno, pero ¡ay de los que en él se revuelquen, porque serán sepultados en la inmunda fosa abierta por su asquerosa voluptuosidad!

CONDE DE LUARCA. *(Con fingida tristeza.)*

S. M. no puede recibir al Sr. de Jovellanos.

JOVELLANOS.

Dios mío, ¡qué obcecación! Rechazar como traidor á quien fué y será siempre leal.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

A qué abismos se precipita la debilidad, empujada por ruines pasiones. Esto es inaguantable.

ESCENA XIII.

CONDE DE LUARCA.—JOVELLANOS.—MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.—GODOY y DUQUESA DE NUMANCIA.

GODOY.

Querido Jovellanos, ya que le encuentro, he de participarle que, á pesar de lo que supongan de mí, siento la caída de usted, sobre todo por el país, porque ya comprendo que un espíritu como el suyo en poco estima las grandezas humanas.

DUQUESA DE NUMANCIA. *(Aparte.)*

¿En poco? En nada, porque sólo él se cree grande.

JOVELLANOS.

Mucho le agradezco este rasgo de amabilidad, y hasta me regocija el suponerlo sincero.

GODOY.

Sólo me arrepentiría de él si usted dudase de mis palabras.

JOVELLANOS.

Entonces debo esperar que mi alejamiento del Gobierno sea muy breve.

GODOY.

Ojalá estuviese en mi mano la revocación de la orden que le separa del puesto en el cual su saber es irreemplazable. Si de mí dependiese, créame, le nombraba desde ahora Ministro vitalicio.

JOVELLANOS.

Ya que usted, querido Príncipe, me habla con tanto interés y con tanta espontaneidad, ha de permitirme que corresponda á su afecto hablándole con entera franqueza.

GODOY.

Puede usted empezar, aunque sea una relación de supuestos agravios.

JOVELLANOS.

¿No me ha dicho una y otra vez que fué usted quien aconsejó á S. M. mi llamamiento al Ministerio?

GODOY.

Y lo sostengo ante mis contrarios como título de patriotismo desinteresado.

JOVELLANOS.

¿No se anticipó usted á explicarme que su salida del Gobierno, á los cuatro meses de haber entrado yo en él, no fué porque le faltase la confianza de la Corona, sino porque usted se lo pidió á S. M. para satisfacer exigencias de la opinión pública y para evitar la duda de que yo estaba cohibido en la realización de mis proyectos?

GODOY.

Es verdad; pero no olvide usted, Jovellanos, que estos asuntos son delicadísimos para que transciendan á la publicidad.

JOVELLANOS.

No creo que este sitio sea la plaza pública; pero aunque lo fuese (no es que yo piense convertirlo en tal), cuando las cosas se hacen con recta intención no debe temerse que las sepa todo el mundo.

GODOY.

Y he de recordarle la moderación que es menester guardar en Palacio.

JOVELLANOS.

No creo faltar á las consideraciones debidas á este lugar, diciéndole que lo que usted parece temer es la conclusión de las anteriores premisas, porque si ellas son ciertas, es que usted no quiere que yo continúe en el Ministerio, y si usted no puede evitarlo, es que los antecedentes con que me obsequiaba no eran exactos.

DUQUESA DE NUMANCIA. *(Aparte.)*

¡Cómo le había tomado el gusto al mando! ¡Qué manera de agarrarse!

GODOY.

Hoy no es usted el prudente, D. Gaspar de Jovellanos; le desconozco por completo, y sólo le tolero ese lenguaje de violencia por no provocar un escándalo en este lugar respetabilísimo, y por creer que le ciega el despecho del fracaso de sus planes, después de haber fatigado las trompetas de la fama en pregonarlos como los únicos regeneradores.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO. *(Aparte.)*

¡Qué insolencia!

DUQUESA DE NUMANCIA. *(Aparte.)*

Chúpate esa. Bravamente contestado.

JOVELLANOS.

Observo que mi tono tranquilo no le sirve de ejemplo. Pero aunque usted diga lo contrario, los términos de su contestación sí que parecen tener el aleve propósito de precipitarme al escándalo para que mi caída sea con circunstancias agravantes.

GODOY.

No le suponía tan mal pensado.

JOVELLANOS.

No pierda usted tan pronto la paciencia, que la verdad tiene derecho á ser oída. ¿Por qué ha de estar poseído del despecho quien no ambiciona los bienes materiales ni las pompas mundanas? ¿No le consta que recorrí media España para comisiones del Estado sin pedir al Gobierno la menor gratificación ni ayuda de costa, teniendo que auxiliarme con mis rentas particulares? ¿Que han fracasado mis planes? ¿Por dónde? No son milagrosos sortilegios que curan los males en el acto, y la opinión así lo comprende, puesto que no me retira su apoyo. Sólo ciertos hábiles son los que intentan prenderme besándome antes.

GODOY.

Jovellanos, basta: no debe usted seguir hablando.

JOVELLANOS.

Sí que debo, y usted debe seguir oyendo, que alguna vez han de resonar acentos viriles en la enervante atmósfera de los palacios. Sus sentimientos de usted, al acercarse á mí, eran como los de Carlos I cuando tenía preso al Papa y mandaba hacer rogativas por su libertad, y no se quejará de la baja estirpe del personaje con quien le comparo.

GODOY.

En tales términos se está usted expresando, que sólo con el desprecio debo contestarlos.

JOVELLANOS.

Enhorabuena, despréciclos usted hoy como el sano irreflexivo desprecia la higiene y las medicinas; pero algún día los recordará y se mirará en mi ejemplo, porque en el mundo de la corte es donde se ven las más inesperadas mudanzas. Tenga siempre presente la página de nuestra historia, en que se cuenta el rápido encumbramiento de D. Ál-

varo de Luna y su fin trágico. Poco más ó menos, esa es la historia de todos los privados de los Reyes.

CONDE DE LUARCA.

¡Jesús, qué enormidad!

DUQUESA DE NUMANCIA.

¡Dios nos asista, qué ideas!

GODOY. *(Muy exaltado.)*

Ese lenguaje ya no es de hombre, sino de fiera, y como tal debía tratarle, ahogándole ahora mismo, para que nunca más volviese á rugir de ese modo.

JOVELLANOS.

Poco á poco, que no es un vil deseo de venganza el que me mueve á usar tal lenguaje. Dios lo sabe que no son otras mis intenciones que las de la propia dignidad, que no tolera ser ludibrio de infames intrigas, y también las caritativas del alma religiosa que exhorta á la pecadora para librarla de los peligros en que ha de caer al fin de la jornada.

GODOY.

Desprecio las advertencias del sanguinario predicador, pero correspondo á su obra humanitaria vaticinándole que el aborrecimiento de las gentes es lo único que ha de conquistar con esa severidad que antes creía sincera y ahora declaro hipócrita.

JOVELLANOS.

Cómo revela, aun sin proponérselo, que en su corrompido entendimiento no cabe otro mundo que el cenagoso del favoritismo.

CONDE DE LUARCA. *(Aparte.)*

Virgen Santa, si SS. MM. se enteran de tamaño escándalo.

GODOY.

Ea, terminemos definitivamente, que ya empieza á faltarme la calma, y de sobra he tolerado tantos y tan procaces insultos. Estoy luchando con la crispatura de las manos, que desean hacer justicia en la garganta

del infame. *(El Conde de Luarca y Campo Sagrado cogen del brazo á Godoy y á Jovellanos respectivamente como para separarlos.)*

JOVELLANOS.

El tiempo nos dirá, y con ruda franqueza, cuál de los dos procedimientos de gobernar es el mejor.

GODOY.

Yo me encargo de demostrarle con abrumadora evidencia que el suyo es pésimo.

JOVELLANOS.

Sospecho de dónde saldrán las pruebas. No quiero hacerme eco de las muchedumbres llamándole nuevo D. Beltrán de la Cueva, porque...

GODOY.

¿Por qué? ¿Por qué, miserable canalla? Sólo por impotencia de que el lodo de sus infamias llegue á la excelsa altura que le abochorna con su grandeza.

JOVELLANOS.

No, no soy yo quien pretende infamar nombres augustos: quédese eso para los que se sostienen con la amenaza del escándalo.

DUQUESA DE NUMANCIA. (*Aparte.*)

De qué vil ralea es el hidalgote.

GODOY.

Cesen tan asquerosos denuestos.

JOVELLANOS.

Segundo D. Álvaro de Luna, que la clemencia divina os defienda ante el tribunal de vuestras propias obras.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.
(*A Jovellanos.*)

Vámonos, salgamos pronto de aquí.

GODOY.

Qué obra podrá ser más desatinada que la de haber tenido por virtuoso á un monstruo de hipocresía.

JOVELLANOS.

Aunque las iras del poder se desencadenen contra mí, no por eso os libraréis de las exigencias de la justicia. Siempre tendrá defensa la santidad de mi causa y execración el favoritismo.

GODOY.

Amenaza ridícula. ¿Creéis que alguien habrá de oir la demanda?

JOVELLANOS.

Que el aturdimiento de la violencia no os haga olvidar que la sangre de la víctima D. Alfonso de Vivero exigió inmediatamente la de su verdugo D. Álvaro de Luna. *(Campo Sagrado lleva del brazo á Jovellanos, Luarca retira á Godoy, la Duquesa de Numancia acciona como aterrorizada, y baja el telón rápidamente.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Fin de Marzo de 1808.—Es de día.

Salón gótico del castillo de Bellver. En él una cama, una mesa con libros y tres sillas; todo de aspecto muy pobre.

ESCENA I.

DOMINGO y un SARGENTO.

DOMINGO. *(Arreglando la habitación.)*

Ahora lo pasamos menos mal; recordando los primeros tiempos de la prisión, nos parece que vivimos en la gloria.

SARGENTO.

Pero por poco que sea el rigor, la verdad es que siete años, día tras día, sin salir de

este castillo consumen la paciencia del más santo.

DOMINGO.

Pues antes ni de este castillo, ni de estas negras y heladas bóvedas, rodeado de centinelas por todas partes, y hasta centinelas aquí dentro cuando entraba á servirle la comida y á arreglarle la cama.

SARGENTO.

Pero, ¿y á qué tantas precauciones, si tu amo no tiene trazas de ser de los que se escapan?

DOMINGO.

Toma, para que no pudiese darme ningún escrito. ¿No ves que temían que si mi amo dijese la verdad de lo que le estaba pasando, todo el pueblo se amotinase y viniera á libertarlo, aunque tuviese que pasar el mar á nado para llegar á esta isla?

SARGENTO.

Pero el pueblo bien sabe que está preso en el castillo de Bellver.

DOMINGO.

No lo creas, no lo saben todos, porque los esbirros de la policía con mucho secreto lo arrancaron de su casa á deshora, y después de fatigosas jornadas por montes y á campo travieso lo sepultaron en esta isla.

SARGENTO.

Y me dirás que después de tantos años, ¿aún no se han enterado del paradero de un hombre tan importante?

DOMINGO.

Puede que no, porque primero lo encerraron en la Cartuja de Valdemuza, pero tuvieron soplo de que la comunidad no sabía cómo agasajarle y de que vivía contentísimo revolviendo librotes en la biblioteca, y lo cogió un día el sargento mayor de los dragones de Numancia y aquí lo emparedó tratándolo como á un facineroso.

SARGENTO.

Y los soldados, ¿no se compadecían de

un señor tan bueno para tratarlo con más humanidad?

DOMINGO.

Á los soldados y al oficial de la guardia les partía el alma el verlo; pero las órdenes reservadas amenazaban con grandes castigos si no se le tenía completamente incomunicado.

SARGENTO.

Cuánto me alegro no haber estado aquí entonces, porque creo que yo hubiera sido de los castigados.

DOMINGO.

Oye á qué crueldades llegaron. Al pobrecito, de tanto estudiar, empezaron á formársele cataratas, y el cirujano le recetó baños de mar; pero sólo le consentían que los tomase al lado del paseo público, y con precauciones tan ignominiosas que renunció á tomarlos, prefiriendo cegar á sufrir tal vergüenza.

SARGENTO.

Es que indigna esa mala voluntad que le tienen allá arriba.

DOMINGO.

¿Y no es atroz que hasta la pobre Doña Enarda tenga que vivir en esta tierra á escondidas para practicar las obras de misericordia con un desdichado enfermo?

SARGENTO.

Cuando la veo entrar aquí tan afligida, me llevan los demonios, porque entonces no me parece que soy militar, sino verdugo de unos inocentes.

DOMINGO.

Si Godoy muere en su cama, la Justicia divina compromete su reputación. Creo que no hay tormentos bastantes para purificarle de lo que lleva hecho. Me alegraría de que antes de freirlo en el infierno lo adobasen bien por acá.

SARGENTO.

Ahí viene tu amo. ¡Pobrecito! *(Vanse.)*

ESCENA II.

JOVELLANOS y un CAPITÁN.

CAPITÁN.

Parece que el paseito de esta mañana ha sentado bien.

JOVELLANOS.

Sí, daba gusto estar en la terraza gozando de lo espléndido del día.

CAPITÁN.

Pero ahora conviene recogerse, porque ya pica el sol. Aquí en Mallorca á fin de Marzo es primavera plena.

JOVELLANOS.

También en mi país por esta época, sus campos, siempre verdes, empiezan á cubrirse de flores. ¡Cómo envidio al último gorrión que recorre á sus anchas aquellos

frondosos huertos sin la tristeza de haber conocido las miserias humanas.

CAPITÁN.

No se aflija pensando en esas cosas. Habría que dudar de todo si usted no llegase á tener la compensación de las amarguras que ahora está pasando.

JOVELLANOS.

¡Hace años que Dios sólo me tiene presente en las horas de repartir el castigo! Gracias á que en previsión de este porvenir que me tenía reservado puso en mi alma tan decidida vocación por el estudio, que en la lobreguez de este calabozo el mudo coloquio de los libros que me acompañan, sofoca muy á menudo la desesperación ocasionada por las iras rabiosas del mundo que me martiriza.

CAPITÁN.

Voy á dejarle por un ratito con esos piadosos compañeros que tan bien le enseñan á resignarse: tengo varios asuntillos que despachar, pero volveré pronto y charlaremos, porque créame, los libros serían mejores si

prescindiesen de la resignación y se ocupasen de evitar las desgracias.

JOVELLANOS.

Felices aquellos cuya salud nunca les hace pensar en medicinas.

CAPITÁN.

Hasta muy pronto.

JOVELLANOS.

Hasta cuando quiera mi amable carcelero.

CAPITÁN. *(Desde la puerta.)*

¡Pobre hombre, qué alma se necesita para enfrascarse en esos mamotretos en vez de pasar todo el día echando ternos y votos! ¡Pronto te daremos la libertad que tan merecida tienes!

ESCENA III.

JOVELLANOS.

JOVELLANOS. *(Disponiéndose á leer.)*

Qué pereza siento para el estudio. Creo que soy vencido hasta en la lucha con las desordenadas preocupaciones que disputar

mi atención. ¡Qué síntoma tan terrible! Las visiones del delirio tienen su mejor dominio en la vecindad de la muerte. ¡Regocijáos, verdugos de mi cuerpo: el frío de la soledad en que vivo cumple vuestras órdenes y pérfidamente penetra en mi alma! Sí, ministros de la corrupción, ya más de una vez me he preguntado si es justa la intransigencia en la virtud... Un hombre de Estado, ¿debe resignarse á soportar los golpes de las malas pasiones, aunque arrollen á los justos, ó plegarse á las exigencias de la vida, tolerando á los corrompidos, que no siempre son responsables de las infamias que ejecutan? ¿Por qué cerrarse caminos y no tomar el que más convenga para evitar encuentros molestos, burlar asechanzas y tenderlas también cuando sea necesario? Si basta una decisión para cambiar lo difícil en fácil, las derrotas en triunfos, las humillaciones en exaltaciones, la lentitud en instantaneidad, ¿por qué detenerse ante escrúpulos que sólo conducen á que el mal viva y se acreciente?... Pero, Dios mío, qué monstruosos absurdos son los que yo sueño. ¿Quién es al fin el verdadero ven-

cedor? ¿Qué importa el momentáneo triunfo ante el perdurable? Viviendo para las ideas y no para el provecho personal, ante todo la pureza de los medios, que los senos prostituídos son estériles. Fuera vacilaciones, y á luchar pecho á pecho sin vergonzosas reservas. ¡Naturaleza próvida, envía á mi cuerpo flaco una oleada de vida que lo vigorice, y tú, conciencia, no toleres jamás infames transacciones! Al caer herido por el vicio, triunfante quiero morir, diciendo á quien me acuse de cándido:

«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

(Se cubre la cara con ambas manos en actitud pensativa.)

ESCENA IV.

JOVELLANOS.—D. JOSÉ vestido de fraile y ENARDA con traje de mujer del pueblo. *(Estos se detienen en la puerta contemplando con lástima á Jovellanos.)*

D. JOSÉ.

Descienda el sabio á la tierra para abrazar á su capellán.

JOVELLANOS. *(Con sorpresa.)*

Pero, ¡qué hombre! ¿Cómo se ha arriesgado á un viaje tan azaroso? ¿Usted emulando el heroismo de la pobre Enarda?

ENARDA.

Tú has llorado; ¿hay alguna novedad?

JOVELLANOS.

Sí, la alegría de vernos los tres reunidos, que me transporta á aquella dulce y honesta tertulia de nuestro país en que éramos tan dichosos.

ENARDA.

¡Ojalá sea lo que dices!

JOVELLANOS.

Qué abnegación la de ustedes, venir á consolar al pobre preso sin reprocharle el no haber seguido sus consejos.

D. JOSÉ.

No faltaba más. ¿Qué alma cristiana se atrevería á tal dureza?

JOVELLANOS.

Dios se lo pague. Cuénteme las peripecias de su vida desde que dejamos de vernos.

D. JOSÉ.

Son muchas y muy tristes, querido don Gaspar. Es feroz la persecución á todo lo que transciende al nombre de usted.

JOVELLANOS.

Así lo creo, y no me extraña verle disfrazado, porque el trato humano se declaró para mí género prohibido, y sólo puedo alcanzarlo engañando á la aduana.

ENARDA.

Ya le dije que, aun ahora, que no hay la rigidez de antes, sólo disfrazado se puede entrar aquí, y le aconsejé que se pusiera un hábito como el del religioso que viene á confesarte.

JOVELLANOS.

Idea excelente, como tuya. Pero vamos, D. José, empiece usted su luctuosa relación.

D. JOSÉ.

Querido D. Gaspar, aparte del gusto de verle, no he venido aquí para que juntos lloremos lo pasado, sino para cosa de más sustancia..

JOVELLANOS.

¿Cuál es su comisión?

D. JOSÉ.

Usted es un hombre que se debe á la patria antes que á sí mismo, y á este criterio se ha sometido al sacrificarle toda su vida. Pues bien, la patria ahora le reclama.

JOVELLANOS.

¿Trae usted alguna orden de S. M. ó del Gobierno en que se decrete mi libertad?

D. JOSÉ.

¡Ah! bien sabe usted que por desgracia el actual Gobierno no representa á la patria, es decir, á la patria digna y honrada que se resiste á soportar el escandaloso favoritismo

de la vida oficial. La verdadera patria hoy está fuera de la ley.

JOVELLANOS.

Espero á que usted hable claro, y le anticipo que en ningún concepto quiero proceder ilegalmente.

D. JOSÉ.

¿Y tiene usted tales escrúpulos cuando para encarcelarle se prescindió de todas las leyes, y le retienen aquí en este ominoso sitio por un acto de escandalosa arbitrariedad? ¿Qué miramientos pueden detenerle, cuando todos los derechos están conculcados?

JOVELLANOS.

La falta de los demás no justifica la mía.

D. JOSÉ.

En el terreno moral está muy bien esa máxima; pero en el caso presente es tan absurda como predicar inerme á una tribu de antropófagos. Ante la fuerza que atropella, lo menos que procede es defenderse.

ENARDA.

Pero D. José, vamos á lo más importante: cuéntenos sus planes.

JOVELLANOS.

Sí, sí, sepamos lo que han decidido.

D. JOSÉ.

Ayúdeme usted, Enarda, á traer á este hombre al camino de la realidad.

ENARDA.

Ojalá consiguiese algo, pero estos que aspiran á la santidad preparan su efigie endureciéndose antes.

D. JOSÉ.

Yo sé de buena tinta que todos los santos fueron un poco tercos; pero dejando las cosas del cielo, bajemos á las de la tierra.

Indignados los verdaderos amigos de usted del brutal secuestro de su persona, resolvimos libertarle á todo trance. Campo Sagrado tomó á su cargo la dirección de la empresa, y valiéndose de mil disimulos no

descansó en buscar partidarios decididos para que le ayudasen por todos los medios á su obra de redención. ¡Lloraría usted de gozo y de pena á la vez si me detuviese en contarle pormenores del sublime desprendimiento de muchos de sus apasionados!

JOVELLANOS.

Felizmente, las raíces de la vida y de la virtud están más hondas de lo que creen los asesinos y los corruptores.

D. JOSÉ.

Pues D. Gaspar, este es el momento decisivo de la laboriosa realización de nuestros propósitos. Después de muchos peligros y angustias hemos logrado atracar á las costas de esta isla una pequeña embarcación fletada á expensas de sus amigos y tripulada por los más vehementes de entre ellos con Campo Sagrado á la cabeza. Yo he venido aquí para guiarle al lugar donde le esperan.

JOVELLANOS.

Siento con toda mi alma malograr esfuer

zos tan generosos y que tanto me honran, pero insisto en mi negativa: no voy con ustedes porque creo que no debo ir.

ENARDA.

Esto ya no es rectitud, es tontería.

D. JOSÉ.

Perdóneme, D. Gaspar, que le diga que Enarda tiene razón. Si le propusieran una obra de represalias y venganzas, comprendo que se negase á volver mal por mal; pero ¿á quien perjudica con librarse de las garras de sus opresores? Se limita usted á recobrar lo que con sobrado derecho le pertenece.

JOVELLANOS.

Pero aun no existiendo motivo para en justicia privarme de la libertad, tomar violentamente la reparación por mi mano, es como si intentase recuperar lo que me hubiesen robado robando yo al ladrón, en cuyo acto sería tan vil como él.

D. JOSÉ.

Ea, deseche usted escrúpulos que sólo

pueden sostenerse donde hay tribunales que amparan los derechos del robado, pero hoy entre nosotros tiene cada uno que defender su vida, su hacienda y su honor.

JOVELLANOS.

¿Pero no comprende usted que al huir de este sitio doy armas á mis acusadores y los autorizo á que digan que me he declarado impotente para responder á los cargos de que habían de acusarme?

D. JOSÉ.

¿Pero no comprende usted, D. Gaspar, que libre de este secuestro es como mejor podrá responder á las calumnias con que pretendan deshonrarle? ¿No recuerda que desde este sitio, en el cual espera usted su rehabilitación, dirigió dos representaciones al Rey pidiendo que se le juzgara, y que aún están sin contestar? ¿Y no sabe que estuve preso cuatro meses por el delito de ser el portador de una de esas representaciones? Salga pronto con nosotros, póngase en seguro, y entonces provoque á sus tiranos — ó

jueces si usted quiere—á que le acusen, y sólo así podrá disipar con la luz de la verdad las sombras infames en que le tienen envuelto.

ENARDA.

D. José dice muy bien: fuera, fuera de aquí. Si es que buscas el martirio búscalo después tú solo; pero ahora ten siquiera caridad para salvar á la gente que por ti se ha comprometido.

JOVELLANOS.

Pero por ventura, ¿tengo yo parte directa ó indirecta en esta empresa? ¿Cuándo hablé el lenguaje de la violencia y de la rebelión? Aun desde esta cárcel nunca me excedí de pedir justicia dentro de los procedimientos legales.

D. JOSÉ.

Todo eso es cierto; pero los hombres públicos, antes que á sus escrúpulos, se deben á su causa, y sino, en vez de ir al Ministerio cuando los llaman, que corran á esconderse en la cueva de un anacoreta.

ENARDA.

Muy bien dicho. Aunque te duela, el recuerdo es muy oportuno para que vengas á la realidad. ¿Te parece bien predicar unas ideas y abandonar después á los que las siguen? En esta ocasión eres un Judas al revés: el maestro vendiendo á sus mejores discípulos.

JOVELLANOS.

Sólo faltaba á la amargura de mis tristezas la hiel de tus reproches; pero aun así, no se quebranta mi voluntad hasta el punto de sofocar la voz de la conciencia. Y además, prescindiendo ya de lo que uno se debe á sí mismo, ¿no les parece infame que comprometa á quien conmigo es todo bondad y cariño, al capitán de la guardia, que pasaría entonces á ser la víctima de las iras feroces de Godoy?

D. JOSÉ.

Toma, toma, por dónde sale usted. ¿Pero no comprende que al intentar este paso an-

tes hemos conferenciado con el capitán y que lo hemos convencido hasta convertirlo en uno de los nuestros? La justicia de la causa nos ayudó mucho en su conquista; pero los rumores, cada vez más insistentes, de que la actual situación se desmorona, acabaron de decidirlo, y se embarcará con nosotros.

JOVELLANOS.

Pues esa facilidad, en vez de aliviar mi repugnancia, la acrecienta, imaginando el porvenir de indisciplina y desgobierno que nos espera. Entrando por esos caminos, ¿quién podrá confiar en el ejército?

D. JOSÉ.

Pues extienda el rigor de sus censuras á este su capellán, que se ha fugado de Oviedo, donde tenía la obligación de presentarse diariamente al Obispo desde que estuvo preso por su causa de usted, y hoy está aquí para contribuir hasta con la vida á la liberación del hombre tenido como réprobo. ¿Y será posible que tan costosos sacrificios de alma

y de cuerpo no alcancen á decidirle? Sea usted más humano, y piense cómo se reiría Godoy de su candor si conociese esta escena.

JOVELLANOS.

Persisto en mi primera resolución y en agradecer la inmensidad de sus sacrificios, pero también en lamentar como pésimo ejemplo social los actos de rebeldía que se ven obligados á cometer los ministros de Dios y del Rey.

ESCENA V.

Dichos y el CAPITÁN.

CAPITÁN.

Todo está perdido: no sé qué hacer ni qué resolución tomar.

ENARDA.

¿Qué sucede?

D. JOSÉ.

¿Estamos cogidos?

CAPITÁN.

El General de la Isla, con su Estado Mayor, viene de improviso hacia el castillo: y qué va á ser de nosotros cuando vea que dejo entrar gente en la prisión.

ENARDA.

Qué tiempo tan precioso hemos perdido.

D. JOSÉ.

Saldremos inmediatamente.

CAPITÁN.

Imposible, ya es tarde.

JOVELLANOS.

Que se escondan por el momento en cualquier parte.

CAPITÁN.

No hay donde: lo que no está ruinoso está de servicio y se reconoce con una sola mirada.

JOVELLANOS.

Pues qué hacer, ¿cómo salvar sobre todo á Enarda? *(Suena una corneta.)*

CAPITÁN.

Nada, afrontar la situación. Yo tengo que salir ahora mismo á formar la guardia.

ESCENA VI.

Dichos, menos el CAPITÁN.

ENARDA.

Pero qué pasará, Dios mío: parece mentira que aún nos esperen nuevas desgracias.

D. JOSÉ.

Ya que no hay remedio, tengamos calma, á ver en qué para esto.

JOVELLANOS.

Nada me importaría todo lo que pudiera suceder si ustedes no estuviesen aquí. *(A Enarda.)* Lo que ahora más me ator-

menta es considerar que de lleno te alcanzan todos mis infortunios. *(Óyense ligeros rumores y ruidos de armas.)*

D. JOSÉ.

Escuchemos, á ver si se percibe algo.

JOVELLANOS.

Esos murmullos los conozco muy bien; son los de la guardia al formarse.

ENARDA.

¿Pero qué será esto? ¿Habrán descubierto los planes de Campo Sagrado?

D. JOSÉ.

Todo hay que temerlo, aunque el Marqués ha sido muy cauto en sus preparativos. *(Pausa. Óyense rumores más intensos que los primeros.)*

ENARDA.

¡Dios mío, Dios mío, sálvanos, ten compasión de nosotros!

D. JOSÉ.

Esto es extraño: no se explica que la presencia del General alborote á los soldados. *(Pausa. Se perciben confusamente vivas y mueras.)*

JOVELLANOS.

Creo que podemos tranquilizarnos; me parece que se trata de un motín.

ENARDA.

Pero si vienen contra nosotros.

D. JOSÉ. *(Con vehemencia.)*

¡Escuchar! ¡Escuchar! *(Voces dentro: ¡Viva Fernando VII! ¡Muera Godoy!)* ¡Muy bien! ¡Bravo! ¡Magnífico! Nos hemos salvado.

ENARDA.

¡Es posible tanta felicidad! *(Voces dentro más próximas que las anteriores: ¡Viva Jovellanos!)* ¿No oyes cómo te vitorean? Al fin te llevaremos con nosotros.

D. JOSÉ.

Y por las apariencias, en triunfo.

JOVELLANOS.

No nos alegremos prematuramente, que las muchedumbres son temibles en su entusiasmo.

ESCENA VII.

Dichos, CAPITÁN, DOMINGO y soldados que entran vitoreando á JOVELLANOS.

CAPITÁN.

Nos hemos salvado. El General nos paga el susto con la mayor de las alegrías. Aquí está la orden de su libertad.

D. JOSÉ.

Por fin tiene usted satisfechos sus escrúpulos de legalidad.

JOVELLANOS. *(Leyendo.)*

¡Oh, el Marqués de Caballero!—Pero, ¿es posible que el Ministro que recrudeció

los horrores de mi prisión firme ahora mi libertad? Explíquenme lo que pasa.

CAPITÁN.

Todo Aranjuez amotinado: el Rey abdicó en el Príncipe de Asturias, y Godoy, preso después de haber sido arrastrado por las calles.

DOMINGO.

¡Se ha salvado la reputación de la Justicia divina!

JOVELLANOS.

¡Pobre patria! ¡Qué esperar de un reinado que nace de la rebelión del hijo contra el padre, que se apoya en los traidores y que lo aclaman las turbas desenfrenadas!

D. JOSÉ.

Déjese ahora de esas filosofías. ¡Ea, volvamos al mundo!

ENARDA.

Sí, andando, ni un momento más aquí.

CAPITÁN.

¡Viva el gran patriota!

TODOS.

¡Viva! ¡Vivaa!

JOVELLANOS.

Ea, ea, tengamos calma. ¿Qué me importa la libertad del cuerpo, si no viene con ella el proceso de la reparación de mi honra? Yo no debo salir de aquí mientras no purifiquen mi nombre de las infamias con que lo mancharon, y no indemnicen á las personas que padecieron por mi causa.

CAPITÁN.

Pida usted todo lo que quiera, pero fuera de aquí, porque yo no le consiento que permanezca en este sitio un minuto más. *(Don José y Enarda cogen del brazo á Jovellanos en ademán de llevarle hacia la puerta, y los demás, formando séquito, le vitorean.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

Cadiz.—Febrero de 1810.

Sala con dos puertas. Es de día.

ESCENA I.

JOVELLANOS.—DOMINGO y UN CRIADO al final.—
Jovellanos haciendo un escrutinio de papeles y guardando los útiles en un cofrecillo que sostiene Domingo.

DOMINGO.

¡Cuánto habrá discurrido para escribir todo esto en menos de dos años!

JOVELLANOS.

Al llegar á viejo, sólo me veo rico de desengaños y de papeles.

DOMINGO.

Mucho necesita una temporada de descanso.

JOVELLANOS.

Creo que sólo descansaré cuando muera. ¿Cómo había de imaginarme que mi salida de la prisión era para arrostrar fatigas, mayores aún que todas las pasadas?

DOMINGO.

Esos endiablados franceses, que Dios confunda, buenos servicios nos han hecho, buenos, buenos...

JOVELLANOS.

¡Ea! Ya está arreglada la última parte y la más preciosa de mi equipaje. Ahí van los justificantes de mi conducta, que son todos los tesoros que puedo legar á mis herederos. *(Entra un criado.)*

UN CRIADO.

Uno que no quiere decir su nombre, desea ver á Vuecencia.

JOVELLANOS.

¿No quiere decir su nombre?

DOMINGO.

Señor, no lo reciba, que ese de fijo viene á darle un disgusto.

JOVELLANOS.

Yo recibo á todo el mundo, porque nada tengo que temer. Lleva esta caja á bordo, pon mi equipaje junto con el de Campo Sagrado y entérate si podemos embarcarnos hoy. *(Al criado.)* Que pase ese que pregunta por mí.

ESCENA II.

JOVELLANOS y el CONDE DE LUARCA, disfrazado de hombre del pueblo.

CONDE DE LUARCA.

¿No reconoce usted, al través de este disfraz, á su antiguo amigo y admirador?

JOVELLANOS.

Creo ver en usted al que llamaban Conde de Luarca.

CONDE DE LUARCA.

¡Qué dolorosos trastornos en tan breve tiempo! ¿Cómo suponer que se cerrarían para nosotros las puertas de la patria, y que sólo abdicando de nuestra condición se nos permitiría entrar por ellas?

JOVELLANOS.

Ustedes mismos se las cerraron al huir en la hora del sacrificio, y es justo que los condes se honren vistiéndose de plebeyos cuando la plebe es modelo de hidalguía.

CONDE DE LUARCA.

¿Y usted incurre como el vulgo en el error de escarnecer á la desgracia, y ni siquiera le inspira lástima la situación de nuestro legítimo Monarca?

JOVELLANOS.

Como no sirvo á las pasiones, sino á la justicia, y condeno la violencia venga de donde venga, nadie me aventajó en lamentar la abdicación de Carlos IV, á pesar de que su reinado sólo lo conocí por las bárbaras persecuciones con que me distinguió.

CONDE DE LUARCA.

Esta declaración de su espíritu generoso me permite suponer que nos entenderemos en el negocio de Estado de que vengo á hablarle.

JOVELLANOS.

Nunca creí que los suyos necesitasen parlamentar conmigo; veamos su proposición.

CONDE DE LUARCA.

Corriendo muchos riesgos he venido desde Bayona hasta Cádiz, con el exclusivo objeto de hablar con usted por encargo del Príncipe de la Paz...

JOVELLANOS. *(Con ironía.)*

Cuánto me honra Su Alteza enviándome tan distinguido emisario.

CONDE DE LUARCA.

Quienes rodeamos á nuestro legítimo Señor padecemos la honda tristeza de contemplarle en su desconsuelo, y de verle siempre llorando la inhumana traición del hijo que atropelló lo más sagrado del mundo, por el violento apetito de la corona. Dudo que el padre pueda sobrevivir mucho tiempo á su pena, y siquiera como consuelo en tan amarga agonía, pensamos no omitir medio para devolver á Carlos IV la usurpada corona.

JOVELLANOS.

¿Y qué papel me asignan en tal empresa?

CONDE DE LUARCA.

El Príncipe de la Paz, acatando el poder de vuestro merecidísimo influjo en la opinión...

JOVELLANOS.

Gracias, por tanto honor.

CONDE DE LUARCA.

...solicita de usted encarecidamente que en las próximas Cortes defienda la nulidad de la abdicación del Rey, porque esta fué obra de la violencia.

JOVELLANOS.

¡Y es esa la misión con que le ha dirigido á mí el Sr. Príncipe de la Paz!

CONDE DE LUARCA.

¿Le parece á usted injusta y sin importancia?

JOVELLANOS.

Lo de la importancia allá lo sabrán los intereses personales de ustedes; pero respecto á la justicia, ¿en qué se ha de fundar la reclamación de un Rey que cobardemente se deja imponer por cuatro amotinados, y que renuncia sus derechos á la Corona arras-

trándose á los pies del invasor de la patria como en reproche de los heroicos esfuerzos de sus defensores? Quien hace tales cosas está desautorizado para toda reclamación.

CONDE DE LUARCA.

No olvide usted la debilidad de carácter de nuestro buen Señor.

JOVELLANOS.

Si no discuto condiciones de carácter. Se trata de hechos consumados que sancionó la voluntad del Soberano.

CONDE DE LUARCA.

¿Y no le espanta imaginar que los traidores Escoiquiz y Caballero lleguen á ser los dueños de la nación?

JOVELLANOS.

Sí que debe espantarme; pero á ustedes, ¿por qué? ambos son hechura de Godoy y prosiguen su política, hasta en abandonarle ahora y marcharse con el mejor postor.

CONDE DE LUARCA.

Y en esta ocasión parece que usted los imita ensañándose con el caído.

JOVELLANOS.

¿Y es posible que se atreva usted á insultarme de ese modo, habiendo presenciado cómo traté en Palacio al Godoy entonces omnipotente?

CONDE DE LUARCA.

No fuerce la máquina de sus acometidas, que quizá no estemos tan en decadencia como usted supone.

JOVELLANOS.

¿Por qué me buscáis para recordarme que tenéis vuestro poder en la infame traición? Vosotros los sensatos gozad de la opulencia brindando por vuestras derrotas entre los enemigos de la patria, y dejadnos en la extravagancia de padecer todas las miserias por rescatar nuestra bendita tierra, luchando hasta con sus hijos espúrios.

CONDE DE LUARCA.

Ya que no se enmienda de su soberbia, sépalo usted todo. Tiene por fuerza que secundar nuestros planes. Enarda es prisionera de los franceses, y lo será mientras usted no siga nuestra causa.

JOVELLANOS.

¡Ah canallas y viles afrancesados, todo es ruindad en vosotros!

CONDE DE LUARCA.

Parece que ahí duele.

JOVELLANOS.

Y á quién que tenga corazón no ha de doler tamaña desgracia. Sólo miserables egoistas como los autores de tales felonías pudieran quedar impasibles. ¡Pobre Enarda! ¡Hasta en la vejez sólo nos rodean espinas y cadenas!

CONDE DE LUARCA.

¿Contamos con su apoyo?

JOVELLANOS.

Asco y rabia me produce hablar con un hombre tan desnaturalizado. *(Entra un criado.)*

UN CRIADO.

Un Sr. Comandante desea en este momento hablar con Vuecencia.

CONDE DE LUARCA.

Me esconderé en otra habitación.

JOVELLANOS.

Ahora podía vengar el cautiverio de Enarda entregándolo como espía; pero no sé volver mal por mal, y le dejo esconderse.

CONDE DE LUARCA.

También le conviene evitar la sospecha de que habla en secreto con los afrancesados.

JOVELLANOS.

Cómo se revela su menguada doblez en

esas suposiciones, y cómo le gusta quedarse al paño para tener que contar á su adorado Príncipe. *(Al criado.)* Que pase el Sr. Comandante. *(Vase el criado, y el Conde de Luarca pasa á otra habitación.)*

ESCENA III.

JOVELLANOS y el COMANDANTE.

JOVELLANOS.

¿Á qué debo el gusto de ver á quien fué mi cariñoso carcelero?

COMANDANTE.

La Junta de Regencia me ha comisionado para que trate con usted un asunto delicadísimo, y empiezo suplicándole mucha paciencia, porque comprendo que mucha se necesita para no desesperarse.

JOVELLANOS.

Ya le oigo con curiosidad y animado de los mejores deseos para el buen éxito de sus gestiones.

COMANDANTE.

No sé cómo empezar, porque la cosa es muy fuerte.

JOVELLANOS.

Está usted hablando con un verdadero amigo, que tiene muy presentes las atenciones con que le distinguió.

COMANDANTE.

Varias veces oí decir á usted, allá en el castillo, que son temibles las exigencias de las muchedumbres.

JOVELLANOS.

Y qué, ¿pretenden algo de mí?

COMANDANTE.

Disgustado el populacho por los fracasos de nuestras últimas campañas, le pide el cuerpo revolverse contra alguien, y empujado por la irreflexión y la injusticia dirige sus iras contra los individuos de la Junta Central, acusándolos de premeditada indo-

lencia en obsequio á los enemigos, y ¡hasta de infidelidad en el manejo de los caudales destinados á la guerra!

JOVELLANOS.

¡Qué monstruosa aberración! Yo nada temo: venga la discusión de nuestra conducta, y los hechos desmentirán las calumnias.

COMANDANTE.

Pues aquí entra lo difícil de mi comisión. La Regencia está plenamente convencida de la bárbara ingratitud que con tales acusaciones se comete, pero cree que su único pensamiento debe ser llevar brazos á los campos de batalla, y para evitar todo encuentro que desvíe los ánimos de este fin, le pide que desprecie á sus acusadores embarcándose ahora mismo.

JOVELLANOS.

¡Y esa es la energía con que inicia su gobierno la Regencia! ¡Y así defiende la honra de los delegados de la nación con cuya au

toridad se ha constituído! Diga á quienes le han dado tal encargo que gobernar en la paz y en la guerra es reprimir todo exceso, parta de donde parta, y que si la Regencia no ampara mis derechos, con altivez me defenderé yo solo de quienes intenten abochornarme.

COMANDANTE.

Pero reflexione usted que esa conducta, aunque muy digna, es muy peligrosa en los actuales momentos.

JOVELLANOS.

Nada me importa. Sería destruir la obra de toda mi vida volver ahora la espalda á la calumnia. Antes la muerte que afrentosas capitulaciones.

COMANDANTE.

¿Y no teme usted que su excesiva entereza sea funesta á los intereses de la patria, quebrantando el prestigio del nuevo poder?

JOVELLANOS.

Puede usted tranquilizarse, que mi defensa

está en mi pobreza, y ésta, si algún prestigio quebranta, es el de quien la padece; pero con todos sus inconvenientes, no renuncio á exhibir esta prueba.

COMANDANTE.

Siento llevar esa contestación.

JOVELLANOS.

No puedo dar otra.

COMANDANTE.

Á sus órdenes, D. Gaspar.

JOVELLANOS.

Yo á las suyas, querido Comandante.

ESCENA IV.

JOVELLANOS y el CONDE DE LUARCA.

CONDE DE LUARCA.

¡Qué coincidencia tan providencial! Todo conspira para que usted se pase á nuestro campo.

JOVELLANOS.

Pero qué menguado criterio el suyo. ¿Cree usted que el despecho se me impone? ¡Se conoce entre quiénes vive por su modo de juzgar á la humanidad!

CONDE DE LUARCA.

Cúrese de una vez de esas enfáticas declamaciones. Los desmanes del pueblo no se refrenan si no los castiga el legítimo principio de autoridad, y este sólo en nuestra causa reside.

JOVELLANOS.

Pero si el nuevo disgusto que me está esperando es hijo legítimo de la ponzoñosa educación de ustedes. Al pueblo que se crió con los ejemplos de Godoy y de sus secuaces hay que compadecerlo siempre, pero á los que así lo educaron hay que exterminarlos.

CONDE DE LUARCA.

Gracias por su caridad. De modo que resueltamente en nada convenimos.

JOVELLANOS.

En qué hemos de convenir. ¿Cómo pactar con los vendidos al enemigo quien al salir de la cárcel donde fué tan maltratado recusó un Ministerio de manos de Napoleón? Si rechacé los halagos de los franceses que, aunque enemigos, son leales á su patria, ¿cómo entenderme con los afrancesados en quienes todo es vituperable?

CONDE DE LUARCA.

¿Y no piensa usted en la vida de Enarda?

JOVELLANOS.

Ansias me vienen de acabar con la suya, miserable reptil. Ahora mismo, fuera de aquí, antes que mis manos se hundan en su garganta. No quiero ver en mis tristezas á los desalmados que sólo saben escarnecerlas.

ESCENA V.

Dichos y CAMPO SAGRADO.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Veo que llego tarde para tranquilizar-

te. *(Reconociendo al Conde de Luarca.)* ¡Ah! ya me explico tu disgusto. ¿Con qué infamia habrá venido á verte este canalla?

CONDE DE LUARCA.

Observo que de rozarse con la plebe perdió usted la poca educación que tenía.

JOVELLANOS.

Hazme el favor de echarlo de aquí, que ya no puedo soportar el asco que siento en su presencia.

CONDE DE LUARCA.

Poco á poco, que no tolero que se me atropelle. Yo me marcharé, y bien arrepentido de haberme acercado á unos adversarios tan groseros como insensatos.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Porque no diga que abuso de la fuerza, no le hago rodar por la escalera: salga inmediatamente, antes de que toda mi alma se vaya tras de las manos.

CONDE DE LUARCA.

Ya me marcho, pero recuerden cómo Godoy sabe separar los obstáculos que se ponen en su camino.

JOVELLANOS.

Adviértale que no se ponga al alcance de la buena voluntad que por acá se le tiene.

CONDE DE LUARCA.

Por segunda vez tendrá que demostrarle la superioridad de sus procedimientos.

ESCENA VI.

JOVELLANOS y CAMPO SAGRADO.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¿Pero á qué ha venido ese miserable?

JOVELLANOS.

Ya te lo contaré. Hablemos ahora de lo que es urgente. Supongo que vienes á avisarme el peligro que nos amenaza.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¿Ya lo sabes todo?

JOVELLANOS.

Sí, y sólo nos queda el recurso de desbaratar la trama con nuestras propias manos.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¿Y la Junta de Regencia así nos abandona?

JOVELLANOS.

Nada esperes de ella.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¿Cómo se justifica esa conducta? Yo sostengo que eso no es debilidad, sino perfidia.

JOVELLANOS.

Desengáñate: los brazos de nuestro pueblo serán flacos, pero las cabezas que los rigen padecen un continuo vahido.

ESCENA VII.

Dichos y DOMINGO.

DOMINGO. *(Jadeante.)*

Vengo corriendo para enterarles del escándalo que he visto. Ya no se puede vivir, hay que ahorcar á todo el mundo.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Qué pasa, hombre, qué pasa.

DOMINGO.

Hay un pelotón de canallas en la playa vociferando contra ustedes, y quiere pasar á bordo á registrar sus equipajes, porque dicen que ustedes se llevan todo el oro de Cádiz.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Vamos á castigar esos horrores arremetiendo contra la chusma.

DOMINGO.

Y aún hay más. Aquí traigo estos pape-

luchos que los ciegos venden por las calles y que tienen más mentiras que letras.

JOVELLANOS.

Á ver, á ver. *(Lee.)* No se concibe que los imbéciles lleguen á parecer tan infames.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Y un pueblo que así se conduce, ¡pide Cortes y aspira á gobernarse á sí mismo!

JOVELLANOS.

No hay peor escuela para el ejercicio de la libertad que un pasado de servidumbre. Vamos á encararnos con las turbas y con esos ruines escritorzuelos para que aprendan á tener dignidad sin deshacerse en violencias ni acobardarse ante la fuerza que avasalla.

DOMINGO.

Por Dios no vayan, que la gente es mucha y muy mala.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Llegaremos hasta donde podamos.

JOVELLANOS.

Cuando las turbas deliran, es deber de todo hombre público oponerles la serenidad de su ánimo. Urge tanto más la presencia del domador, cuanto la fiera ruja más rabiosamente.

(Vanse todos. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.

Vega (Asturias).—Noviembre 27 de 1811.
Es de noche.

Salón de casa de campo. Una cama entre cortinas, un crucifijo y un reclinatorio. La escena iluminada por un velón.

ESCENA I.

ENARDA y el CONDE DE LUARCA.

CONDE DE LUARCA.

Es indispensable que me ayude, y así también se ayudará á sí misma, porque no debe olvidar, aunque el recuerdo le sea doloroso, que sobre usted pesa una condena muy dura por haberse fugado.

ENARDA.

¿Y le parece á usted caballeroso acorralar con tanta saña á una pobre mujer?

CONDE DE LUARCA.

Como se le antojó asociarse al hombre que se obstina en resistir siempre, no debe sorprenderle recibir golpes continuos.

ENARDA.

¡Á qué tiempos llegamos! Si supieran nuestros padres que algunos de sus hijos serían renegados de la patria, se hubieran muerto de la vergüenza de haberlos engendrado.

CONDE DE LUARCA.

Quizá la sirvamos mejor que esos alborotadores vocingleros, muy pródigos en el manejo de la lengua, y muy tacaños en el de la espada.

ENARDA.

¡Ah, es verdad! Perdone usted la injus-

ticia de olvidarme de sus heroicos sacrificios.

CONDE DE LUARCA.

Mucho influyó en usted su *predilecto amigo*, comunicándole el fácil uso de las frases mortificantes; pero sepa que Godoy aún no olvidó los procaces insultos con que le abochornó en Palacio, y que yo no olvidaré jamás el recibimiento soez que me dispensó en Cádiz azuzándome á la venganza.

ENARDA.

Cuando apeló á tales recursos, sobrados motivos le habrán dado ustedes.

CONDE DE LUARCA.

Pero no perdamos tiempo. Usted debe saber dónde están Jovellanos y los amigos que con él huyeron de Gijón.

ENARDA.

Le repito que nada sé, y que por usted tengo la primera noticia de la salida de Jovellanos.

CONDE DE LUARCA.

¿Á qué defenderle con ese tesón, si más temprano ó más tarde ha de resultar inútil? Además, aunque usted crea lo contrario, ya no conserva ni restos del amor que en tiempos le profesó, porque debiendo anteponer á todo la libertad de usted, nada quiso concederme cuando le propuse su rescate.

ENARDA.

Muchas gracias por el desengaño con que intenta obsequiarme; pero entre su palabra de usted y los hechos de quien vivió siempre padeciendo por la verdad, me ha de permitir que me quede con estos, y que prescinda de su bondadosa advertencia.

CONDE DE LUARCA.

Enarda, lo siento, pero es usted tan testaruda como su ídolo, y tendrá que sufrir mayores disgustos que los pasados, sin que yo pueda evitárselos.

ENARDA.

Pues yo no puedo hacer más, le digo toda la verdad.

CONDE DE LUARCA.

Se necesita haber perdido el juicio para obrar tan desatinadamente como ustedes. ¿Qué consiguen con tanto quijotismo? Verse perseguidos por todos lados. Lo único en que coinciden los grandes y la plebe es en acusar al santón inflexible. Si los de arriba bien lo encarcelaron, los de abajo mejor lo corrieron en Cádiz.

ENARDA.

Nada puedo decirle sino que lo extraño para mí sería que usted aprobase la conducta de Jovellanos. Jesús y Pilatos nunca hubieran podido entenderse.

CONDE DE LUARCA.

Es verdad; le doy á usted toda la razón y me retiro, pero con la esperanza de que volveremos á vernos.

ENARDA.

Mucho me aflige no poder decirle que me alegraré, porque tengo demasiado sabido lo que puedo esperar de sus visitas.

CONDE DE LUARCA.

Ustedes no cejan en buscar la corona del martirio, y deben agradecerme que yo se la proporcione.

ENARDA.

¡Pero venga siquiera sin escarnio, señor Conde, que los sayones nunca fueron nobles!

CONDE DE LUARCA.

Mi Sra. Doña Enarda, hasta la vista.

ESCENA II.

ENARDA.

¡Jesús! qué horror me inspira la presencia de ese hombre, rastrero unas veces y soberbio otras, pero nunca digno. ¡No yerra mi corazón al tomar por fatídicos presagios tc

das las mudanzas del cielo, porque la tierra por todos sus caminos sólo envía á nosotros la desgracia!... ¿Qué nuevo cautiverio nos esperará? *(Ante el crucifijo y arrodillada en el reclinatorio.)* Dios mío, Tú, que eres todo bondad y clemencia, no castigues con tanto rigor á quien deseó vivir según tus divinos preceptos... Ya flaquea la voluntad para soportar el amargor de las últimas heces del cáliz que en toda la vida no se apartó de nuestros labios... Señor, perdóname en lo que te haya ofendido y apiádate de nuestros infortunios. *(Termina sollozando.)*

ESCENA III.

ENARDA y UNA CRIADA.

UNA CRIADA.

Señora, ¿qué le pasa?

ENARDA.

Esta vida de continuos sobresaltos es imposible; ya no tengo ánimo para resistirla.

UNA CRIADA.

Calle usted por Dios, hay que huir de la gente como de los lobos, porque sólo sirve para dar disgustos.

ENARDA.

Deseando perderla de vista para siempre, he venido á esconderme en esta aldea cuando pude escaparme de los franceses, pero ni aun aquí me dejan en paz las inquietudes.

UNA CRIADA.

No se atormente pensando en cosas tristes. Yo he jurado no disgustarme por lo que pueda suceder, sino por lo que en el acto me esté pasando, que con esto ya sobra para vivir en un ¡ay!

ENARDA.

Es verdad. Parece que todo el mundo se ha vuelto enemigo nuestro; pero ¡la soledad también es tan triste cuando amanece y anochece uno y otro día sin noticias de las per-

sonas queridas! Puede estar ardiendo España, y una sin saberlo.

UNA CRIADA.

¡Y qué dicha tan grande no enterarse de las calamidades!

ENARDA.

Calla, calla; eso sólo puede tranquilizar á quien no tenga otro sentimiento que el egoista del propio bienestar. *(Suenan aldabonazos.)* Dios mío, ya está sobre nosotras el brazo vengativo del asqueroso esbirro de Godoy.

UNA CRIADA.

Avisaré á los criados que no abran, que pueden ser malhechores.

ENARDA. *(Asomándose á una ventana.)*

No son más que dos hombres.

UNA CRIADA.

No vaya á haber otros escondidos que se presenten al abrir la puerta.

ENARDA.

Ya tomarán antes precauciones... Ya entran... ¿Quiénes serán?

UNA CRIADA.

¡Dios nos tenga de su mano!

ESCENA IV.

Dichos, D. JOSÉ y DOMINGO.

ENARDA.

¡Ah, son ustedes!

D. JOSÉ.

Aquí tiene usted, querida Enarda una visita inesperada que le anuncia otra todavía más inesperada.

ENARDA.

¡Qué! ¿Viene Jovellanos?

D. JOSÉ.

Está muy cerca de aquí y necesita que usted le dé hospedaje.

ENARDA.

Cuénteme pronto todo lo que pasa.

D. JOSÉ.

No se alarme usted más de lo que la cosa es en sí. Corrió por Gijón la noticia de que los franceses llegaban al pueblo, y no teniendo fuerzas para rechazarlos no quedaba otro recurso que salvarse cada uno como pudiese, y nosotros con D. Gaspar y el señor de Campo Sagrado nos embarcamos en una lancha de pescadores para refugiarnos por el momento en cualquier pueblecillo de la costa, pero á poco de separarnos del puerto se desencadena una borrasca de las más espantosas.

ENARDA.

¡Ah! sólo me veo lisonjeada por la confirmación de mis tristes presentimientos.

UNA CRIADA. *(A Domingo.)*

Es difícil equivocarse, porque ya hace años que no pasa nada alegre.

D. JOSÉ.

Se conoce que hasta el último instante quiere Dios probarnos en todos los terrenos. Milagrosamente nos encontramos aquí. La mezquina embarcación, subiendo y bajando entre montañas de agua, que con su incesante salpicar parecía que nos abofeteaban, y á esto se unía la lluvia gruesa, torrencial, que, con viento huracanado, nos calaba hasta el tuétano. De pasar todo un día sin defensa en medio de este temporal, el Sr. Jovellanos ha empezado á sentirse indispuesto, y ahora parece que tiene un poco de fiebre, pero supongo que todo se reducirá á un catarro producido por la mojadura.

ENARDA.

Y Jovellanos, ¿dónde ha quedado y con quién está?

D. JOSÉ.

Está con el Sr. de Campo Sagrado en una choza en la playa, esperando nuestras órdenes.

ENARDA.

Domingo, vaya usted corriendo á buscarle, lleve consigo los hombres y cuanto crea necesario para traerle con la menor molestia posible.

DOMINGO.

Muy pronto estará aquí.

ESCENA V.

ENARDA.—D. JOSÉ y UNA CRIADA.

ENARDA.

Dios mío, no hay desgracia que no caiga sobre ese hombre. Ya era lo único que le faltaba tener en contra: los elementos... Esa cama está recién hecha, y podrá acostarse en cuanto llegue... Sabe usted, D. José, que me alarma mucho esa fiebre de Jovellanos, porque al pobrecillo, aunque siempre fué muy animoso, ya le coge muy trabajado.

D. JOSÉ.

Felizmente creo que se pueden tener mu-

chas esperanzas, porque la fiebre no es muy alta, y además en esta temporada se había repuesto de sus pasados quebrantos. Me parece que si consigue sudar se aliviará al instante.

ENARDA. *(A la criada.)*

Ve á disponer todo lo que pueda necesitarse para asistirle en el momento de su llegada.

ESCENA VI.

ENARDA y D. JOSÉ.

ENARDA.

¡Pobre! Qué cortas son para él las horas felices. Al llegar á viejo lo que se sabe con más seguridad es que las comodidades de la vida sólo son para los tontos y los bribones.

D. JOSÉ.

Sin embargo, el Sr. Jovellanos debió gozar, lo que puede dar de sí una vida feliz

de muchos años, el día de su entrada en nuestro pueblo. Todo Gijón engalanado y llorando de entusiasmo al recibir á su hijo querido.

ENARDA.

Sí, ¡pero toda una vida de inmensos sacrificios para gozar ese solo momento! Mire usted que trabajar con tanta abnegación en la Junta Central para recoger insultos, y hasta verse sometido á un registro como si escandalosamente hubiese robado, es muy desconsolador.

D. JOSÉ.

Eso también es cierto. No cabe duda que la severa justicia y la popularidad son incompatibles. ¡Ah! La vida pública es como el pescado podrido: de lejos ilusiona con sus fosforecencias, pero de cerca es inaguantable por su hedor.

ENARDA.

Me parece que oigo pasos. Ya deben estar ahí. *(Se asoma á la ventana.)* Sí, ahí

están. Pobrecillo, que arrebujado debe venir, porque sólo veo un bulto informe. *(A D. José.)* Baje usted á encargar que lo suban con mucho cuidado.

D. JOSÉ.

El Marqués ya dirigirá bien las maniobras, pero bajaré á ver si me necesitan. *(En la puerta.)* Ya no tengo en qué ayudarles, porque ya han subido la escalera.

ESCENA VII.

Dichos, CAMPO SAGRADO, DOMINGO y JOVELLANOS, que entra conducido en un sillón.

ENARDA. *(A Jovellanos.)*

¿Cómo te sientes, has sufrido mucho?

JOVELLANOS.

Ahora parece que me siento menos mal. ¡Oh! un viaje horroroso, Enarda mía.

ENARDA. *(A Campo Sagrado.)*

¡Qué dolor, qué decaído está!

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Sin embargo, recordando cómo le hemos visto, me parece que empieza á reanimarse.

ENARDA.

Dios lo haga y se apiade de todos nosotros.

JOVELLANOS. *(A Enarda.)*

¡Con qué obstinación te une el destino á mis calamidades!

ENARDA.

Pues esta unión es lo único que ahora me consuela de la pena de tus males. No te aflijas, ya verás qué pronto te pones bueno con los cuidados del cariño. Tienes contigo á los que siempre te siguieron, y que ahora te han de devolver la salud.

JOVELLANOS.

Si no hubiera de afligirte la pena de mi

muerte, ya desearía morir; descansar en el seno de Dios, libre de los peligros de esta miserable vida.

D. JOSÉ.

Ánimo, valor. Cuando Dios le tiene en este mundo y le ha salvado de tantos conflictos, por algo será.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Aún hemos de dar mucho que hacer á quienes pretenden acabar con nosotros.

ENARDA. *(A Jovellanos.)*

Yo me retiraré para que te vayas desnudando y te acuestes en esa cama, que tienes muy bien mullida.

JOVELLANOS.

Como quieras, ya sólo estoy para dejarme cuidar.

D. JOSÉ.

Sí, retírese usted, que deseo demostra

á D. Gaspar qué buena maña nos damos como enfermeros. *(Suenan voces como de disputa.)*

ENARDA.

¿Dejaron ustedes la puerta abierta?

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Sí, pero los criados la habrán cerrado. *(Siguen las voces.)* No afligirse, que no estamos solos.

ESCENA VIII.

Dichos, UN OFICIAL y dos soldados franceses.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¿Qué buscan ustedes aquí?

OFICIAL FRANCÉS.

Calma, no inquietarse, que no somos ladrones; venimos á cumplimentar órdenes de nuestros superiores.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Sepamos cuáles son.

OFICIAL FRANCÉS.

Al entrar en Gijón nos han comunicado órdenes muy apremiantes de recuperar á la fugada prisionera Doña Enarda, y también de prender á D. Gaspar de Jovellanos por rebelde á la autoridad legítima.

JOVELLANOS. *(Exaltado.)*

¡Monstruos desalmados! llevadme á mí sólo si así lo exige el soberbio traidor que os envía, pero no recobraréis vuestra antigua prisionera sino matándome antes.

OFICIAL FRANCÉS.

Inútil es toda resistencia. Por cortesía entramos solamente los tres, pero fuera tenemos fuerza sobrada para que las órdenes se ejecuten.

JOVELLANOS.

Nada importa la superioridad del núme

cuando se desprecia la vida. Venid todos por los últimos restos que de ella me quedan y remataréis vuestra obra infame.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Fuera de aquí bárbaros asesinos, que ninguno de nosotros quiere vivir en presencia vuestra.

D. JOSÉ.

Con vuestras propias armas os vamos á cobrar las vidas que venís buscando. *(Se abalanzan el Marqués de Campo Sagrado, D. José y Domingo á los tres franceses para desarmarlos.)*

JOVELLANOS.

Contadle á Godoy y á Napoleón que ni en la agonía nos rendimos.

OFICIAL FRANCÉS.

No es necesario luchar, nos marcharemos, pero para entrar muy pronto como debíamos haber entrado: sin contemplaciones. *(Vanse los franceses y detrás los que á ellos se*

abalanzaron. Suenan rumores de lucha primero, y después ruido como de cerrar y atrincherar una puerta.)

ESCENA IX.

ENARDA y JOVELLANOS.

ENARDA.

Dios mío, ¡qué inhumanidad! Tienes razón, mejor es morir que vivir.

JOVELLANOS.

Infeliz, ¿por qué me has conocido? Sin ti con entusiasmo buscaría ahora la muerte, y contigo me aflige la idea de colmar tu infortunio al legarte el recuerdo de una vida funesta hasta el último instante.

ENARDA.

Nunca te di motivo para que me juzgases tan pobremente. No tuviste tú la culpa de nuestras desgracias. Te tocó vivir cuando la nobleza y la virtud eran martirizadas, y si yo me apasioné de la hermosura de

alma, no me niegues el único premio que deseo, el orgullo de haber unido mi destino al tuyo.

JOVELLANOS. *(Con fatiga.)*

Perdóname, tienes razón. Después de tantas calamidades, Dios me otorga el dulce consuelo de ver que nunca desmayan la lealtad de tus sentimientos ni la grandeza de tu alma.

ENARDA.

Otros más felices realizarán sus anhelos gozando desde la juventud, al surgir en sus almas el primer amor, las dulzuras del hogar. Nosotros sólo pudimos entrever la felicidad, pero sin alcanzarla jamás; la suerte fué idéntica para los dos, y nada tenemos que echarnos en cara.

JOVELLANOS.

¡Pero qué modo de acosarnos las desdichas! Ni siquiera la amistosa unión de dos ancianos, ni los escasos alientos de un pobre enfermo valetudinario pueden tener un ins-

tante de compasivo reposo: sin tregua, una lucha tras otra; esto es bárbaramente atroz. Apenas salvado del furor de las olas, Dios sabe por lo que aquí acaba de pasar, qué nueva tormenta se está preparando contra nosotros.

ENARDA.

Viéndote aquí á mi lado ya no quiero pensar en nada: estoy rendida de imaginar desgracias y de sufrirlas sin poder remediarlas; venga lo que quiera, á condición de que no nos separen. Si sólo en la desgracia nos vimos unidos, ya no ha de dolerme que aprieten nuestros lazos.

(Suenan golpes como culatazos y se oyen voces y rumores.)

JOVELLANOS. *(Revolviéndose en el sillón.)*

Cuánto siento que me falten las fuerzas para encararme con esos canallas; pero más canallas son los cobardes traidores que mueven contra nosotros esa grosera soldadesca. *(Los ruidos son más fuertes.)* *(Jovellanos in-*

tenta levantarse y no puede, y exclama:) ¡Venciste, Godoy, venciste!

ENARDA.

Por Dios, no te exaltes tanto, que te va á hacer muchísimo daño: piensa en que has venido para cuidarte.

JOVELLANOS. *(Como delirando.)*

¡Ah! gózate en mi exterminio, pero qué caro te ha costado... desde el poder atropellar todas las leyes... después vender la patria al extranjero, y aún así... tu gentuza sólo te podrá presentar la víctima cuando ya es inútil para el sacrificio.

(Siguen los ruidos.)

ENARDA.

Cálmate, por Dios, que me da miedo verte así.

JOVELLANOS.

No, no: quisiera acumular en un minuto la vida que me resta para hacer un escarmiento en esos esbirros y en quien los man-

da. ¡Héroes de nuestra historia, volved á la vida, venid, yo os llamo y os prometo que vuestros lívidos rostros se encenderán en el rubor de la vergüenza nacional! Sí, os quiero ver iracundos entre esta generación de pigmeos blandiendo la ponderosa lanza de Villandrando. Acudid pronto á las miserias de nuestra amada patria. *(Desfallece y se queja.)*

ENARDA. *(Dirigiéndose á la puerta por donde se fué la criada.)*

¡Auxilio, auxilio! Que venga gente. *(Se presenta la criada.)* Díle á todos que suban al instante, que los necesito aquí.

UNA CRIADA.

Pero señora, ¿han de abandonar la defensa de la puerta?

ENARDA.

Baja pronto y diles lo que te mando.

UNA CRIADA. *(Marchándose.)*

Iré, y luego entrarán los franceses á acuchillarnos. *(Vase.)*

ENARDA. *(A Jovellanos.)*

Te sientes peor... quieres tomar algo... no me oyes... tienes frío, voy á abrigarte más. *(Jovellanos parece no oir estas palabras.)*

ESCENA X.

Dichos, MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO, D. JOSÉ, DOMINGO, UNA CRIADA.

ENARDA.

Ayúdenme por Dios, que creo que esta impresión le afectó demasiado.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.
(A Jovellanos.)

Compañero, ánimo, aquí estamos todos para defenderte como siempre.

JOVELLANOS.

Gracias, queridos amigos. Creo que lo único que necesito es defenderme de la justicia de Dios para no ser acusado ante su tribunal.

D. JOSÉ.

En cuanto la salud del alma sirva para la del cuerpo, por mí puede considerarse sano, porque yo le considero salvo. *(Aumentan los ruidos.)*

JOVELLANOS.

¿Qué tropel es ese? Siento gran inquietud. ¿Qué pasa? Ó los elementos ó mis sentidos están desgobernados... Oigo trotar de caballos, y estruendo de armas, y también voces lastimeras... Escuchar, escuchar... ¡Ay pobre patria mía!... Tus súplicas me desgarran el alma... Ya no puedo más: esto, sí, se acaba. Adiós todos: perdón, perdón por los daños que haya podido causar... Procuré vivir honradamente... pronto sabré si lo conseguí.

ENARDA. *(Sollozando.)*

No, no pienses esas tristezas; anímate y ten esperanza en Dios, á quien siempre has servido.

JOVELLANOS. *(Como volviendo en sí.)*

Adiós, Enarda, esta fatiga... es muy grande... insoportable.

ESCENA XI.

Dichos, OFICIAL y soldados franceses que entran en tropel.

OFICIAL FRANCÉS.

Ahora todos prisioneros, por rebeldes.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Hagan de nosotros lo que quieran; cedemos ante el poder de la fuerza y pedimos compasión para el pobre enfermo.

OFICIAL FRANCÉS.

Estamos escarmentados de las compasiones; debemos tratarles como antes nos recibieron.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

¡Qué hazaña la de llevarse un anciano moribundo! así hacen la guerra los salvajes.

OFICIAL FRANCÉS.

Sin más razones, ni más discusión, todos presos.

ENARDA.

¡Dios mío! ¡Socorro! ¡Ya no respira!

JOVELLANOS.

Aire... me ahogo... ¡Qué dolor separarse de amigos tan leales. *(Besa las manos á Don José.)* Enarda mía, nuestros cuerpos se separan, pero nuestras almas se unirán para siempre ante Dios.

ENARDA.

No, no, no se separan.

(Cae de rodillas á los pies de Jovellanos, y abrazándole por la cintura le estrecha contra su pecho.)

JOVELLANOS.

Que me perdonen todos, como yo perdono hasta á mis enemigos. *(Muere.)*

D. JOSÉ.

En nombre de Dios y de la humanidad, este cadáver es sagrado, y antes muertos que consentir que lo profanen manos sacrílegas.

MARQUÉS DE CAMPO SAGRADO.

Si vuestros corazones son de hombre, y no entrañas de fiera, humilláos todos ante los venerables restos de quien murió sin maldeciros.

(Todos se descubren respetuosamente. Telón lento.)

FIN DEL ACTO QUINTO Y ULTIMO.



APÉNDICE.

TENTATIVA

DEL

GENERAL SEBASTIANI.

En mi propósito de dar la más cabal idea del carácter de Jovellanos y del fervor de sus sentimientos patrióticos, cedo al deseo de reimprimir una vez más el glorioso documento que legó á la posteridad, quien trabajó en la Junta Suprema Central por recabar la independencia de su nación, rechazando todo género de halagos, y olvidando en un momento su pasado martirio.

13

Si alguien pone en duda la exactitud de la inquebrantable firmeza con que lucha por el triunfo de la causa nacional en los dos últimos actos el preso de Bellver al recobrar su libertad, supongo que se convencerá de que mi españolismo no necesitó exagerar los hechos para realzar la figura del patriota, después que lea la enérgica y serena contestación á la siguiente carta del General Sebastiani dirigida

«*Al Excmo. Sr. D. Gaspar de Jovellanos.*

»Señor: La reputación de que gozáis en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestáis de verla feliz y floreciente, deben haceros abandonar un partido que sólo combate por la Inquisición, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España y por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, de

conocer que la España puede esperar el resultado máz feliz de la sumisión á un rey justo, ilustrado, cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que deseen la tranquilidad y la prosperidad de su patria. La libertad constitucional bajo un Gobierno monárquico, el libre ejercicio de vuestra religión, la destrucción de los obstáculos que varios siglos há se oponen á la regeneración de esta bella nación, serán el resultado feliz de la Constitución que os ha dado el genio vasto y sublime del Emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses, que jamás tuvieron otros proyectos que el de debilitaros, el de robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podéis ser sordos á la voz de la patria que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que la energía de España sólo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera: no dudo que acojáis con gusto la ocasión de ser útil al Rey José y á vuestros ciudadanos. Conocéis la fuerza y el número de nuestros ejércitos: sabéis que el partido en que os halláis no ha obtenido la menor vislumbre de suceso: hubiérais llorado un día si las victo-

*

rias le hubieran coronado; pero el Todopoderoso, en su infinita bondad, os ha libertado de esta desgracia.

»Estoy pronto á entablar comunicaciones con vos y daros pruebas de mi alta consideración.

HORACIO SEBASTIANI.»

CARTA EN CONTESTACIÓN

AL GENERAL SEBASTIANI.

«Señor General: Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa que sostiene mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos como pretendéis por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro Rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia. Ni creáis que el deseo de conservarlas esté distante del de destruir cuantos obstáculos puedan oponerse á est.

fin; antes por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España, y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algún día, y que en adelante tendrá, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nación que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su Rey y de su libertad contra una agresión, tanto más injusta, cuanto menos debía esperarla de los que se decían sus primeros amigos, tiene también bastante celo, firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrible suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresión ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes después de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aún aquella humanidad que el derecho de la guerra exige y encuentra en los más bárbaros enemigos. Pero, ¿á quién serán imputados estos males? Á los que los causan violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre de

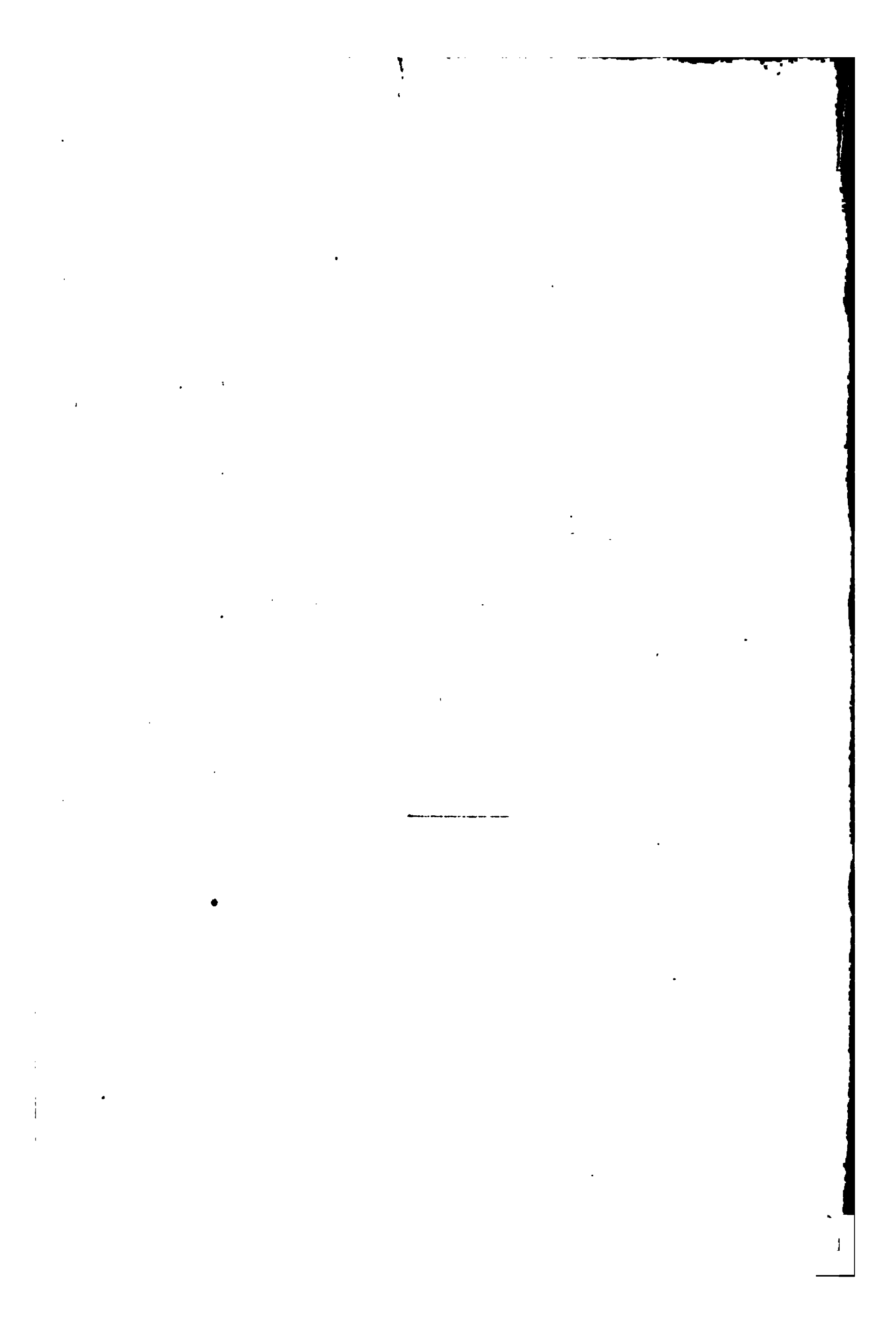
esta grande y noble nación? Porque Sr. General, no os dejéis alucinar: estos sentimientos que tengo el honor de expresaros, son los de la nación entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo, que los propósitos que les atribuís son tan injuriosos como ajenos de la generosidad con que la nación inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas los imploraron desde los primeros pasos de la opresión con que la amenazaban sus amigos.

»En fin, Sr. General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que, según nos decís, profesa vuestro Rey José, cuando vea que, ausentándose de nuestro territorio, reconozca que una nación, cuya desolación se hace actualmente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro más propio para desplegarlos. Este sería ciertamente un triunfo digno de su filosofía: y vos, Sr. General, si estáis penetrado de los sentimientos que ella inspira, deberéis gloriaros también de concurrir á este triunf

para que os toque alguna parte de nuestra admiración y nuestro reconocimiento. Sólo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicación que me proponéis, si la Suprema Junta central lo aprobare. Entre tanto recibid, Sr. General, la expresión de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratáis, seguro de la consideración que os profeso.

»Sevilla 14 de Abril de 1809.

GASPAR DE JOVELLANOS.»



ÍNDICE.

Esta obra se vende en las principales librerías á **3 pesetas** el ejemplar.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

	Pesetas.
LA NUEVA QUÍMICA.—*Introducción al estudio de la Química según el concepto mecánico.*—1887........................	4
TRATADO DE QUÍMICA ORGÁNICA.—1890...	24
LA MUCETA ROJA (novela).—1890........	4
LUCUBRACIONES SOCIOLÓGICAS Y DISCURSOS UNIVERSITARIOS.—1893...............	2,50